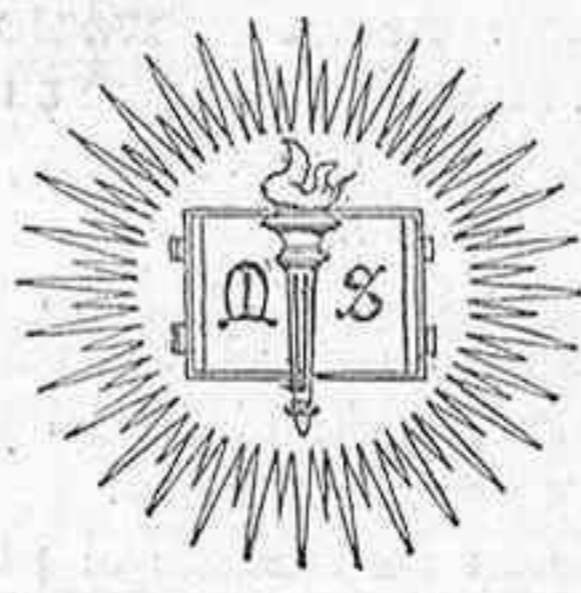


La Ilustración Artística



AÑO XXIII

← BARCELONA 1.º DE FEBRERO DE 1904 →

NÚM. 1.153



S. S. EL PAPA PIO X

Reproducción de una fotografía tomada recientemente y remitida por Carlos Abeniagar



SUMARIO

Texto.—*Crónica de teatros*, por Zeda. — *Las manos de mi prima*, por Mauricio López Roberts. — *República Argentina. Buenos Aires. Expedición de la corbeta «Uruguay»*, por Justo Solsona. — *Europa. El British Museum de Londres*, por Pompeyo Gener. — *El arpa cromática sin pedales*. — *Nuestros grabados*. — *Miscelánea*. — *Problema de ajedrez*. — *La conquista*, novela ilustrada (continuación). — *Automóviles en las vías férreas*. — *La exposición de la habitación y las construcciones higiénicas y económicas*, por Alberto Tissandier. — Libros.

Grabados.— S. S. *el papa Pio. X* — Dibujo de Nicolás Sierra que ilustra el artículo *Las manos de mi prima*. — *El «Antartic»*. — *La tripulación del «Antartic»*. — *Nordenskjöld, Irizar y Sobral en la casa de Snow Hill*. — *Iceberg que ocasionó la pérdida del «Antartic»*. — *En la isla de Seymour*. — *La corbeta «Uruguay»*. — *Llegada y recepción de la «Uruguay» en Buenos Aires*. — *D. José M. Sobral*. — *D. Julián Irizar*. — *El British Museum de Londres*. — *Cabeza de caballo dicho de la Noche ó Selene del Partenón*. — *Sarcófago licio hallado en Xanthos*. — *Estatua colosal de Mausoleo*. — *En Venecia en el siglo XV*, cuadro de Santiago Waguez. — *Azucares*, cuadro de F. Wobring. — *Mme. Tassu-Spencer*. — *Interior de un vagón-automóvil*. — Figs. 1 á 4. Construcciones higiénicas y económicas. — *Grupo para una fuente*, obra de José Heu.

CRÓNICA DE TEATROS

Sigue la Comedia buscando su repertorio en las obras del teatro francés. En noviembre se estrenó en París *L'adversaire*, y á primeros de enero ya estaba traducida, ensayada y en disposición de representarse en Madrid la aplaudida obra de Capus y Arene. Púsose en escena, la recibió con palmas el público de los estrenos, la elogió la prensa; pero la gente no acude á verla. ¿Por qué este desvío? Yo me lo explico; por lo que *El adversario* tiene para nosotros de exótico. No basta que una comedia esté bien compuesta, como lo está la de Capus, para interesar á un público determinado; es menester que retrate costumbres, sentimientos y preocupaciones que ese público conozca y comprenda. Por esta razón ha sido forzoso siempre, y yo creo que lo es ahora, arreglar, adaptar ó refundir aquellas obras que se escriben ó se escribieron para otras sociedades distintas de la nuestra.

El adversario es un golpe más dado á la debatida y manoseada cuestión del adulterio, complicada más bien que resuelta en Francia con la ley del divorcio. Mariana quiere á Darlay, su marido, y sin embargo le engaña, caso verdaderamente curioso de psicología conyugal. El esposo engañado está resuelto á divorciarse: el hombre no toma las cosas en trágico; es un cerebral, que somete sus pasiones, sin duda porque es incapaz de sentir las, á los fríos procedimientos de la reflexión. La mujer infiel pide perdón, ofrece no volver á pecar, explica á su modo cómo engañó á su marido amándole, pero éste no cede. En tal momento se presenta la madre de Mariana, señora de muy buen sentido, que representa el criterio de la sociedad. Darlay se atribuye á sí mismo la falta; él es el adúltero, su mujer la víctima. Entonces la sensata suegra, dirigiéndose á su hija, le dice sobre poco más ó menos: «Hija mía, en los hombres esa clase de faltas son pecados veniales; debes por lo tanto olvidar el deslizo de tu esposo. En cambio el adulterio en la mujer no merece perdón.» Después de lanzar esta sentencia la madre de Mariana se retira y Darlay deja á su esposa, resuelto á divorciarse.

Si los hombres no tuvieran corazón, ni nervios, ni pasiones, nada habría que pedir á este desenlace silogístico. Mas para el hombre apasionado, para el que ve traicionado su amor y pisoteada su dignidad, la solución ideada por Capus y Arene nada resuelve. La lógica de las pasiones es muy distinta de la lógica de la razón. No es posible reducir las complicadas cuestiones del alma á teoremas algebraicos. Y véase cómo una obra que satisface al entendimiento deja frío al público, no compuesto de entidades abstractas, sino de hombres y mujeres de carne y hueso.

También la Princesa cultiva el género extranjero, particularmente el francés. Su último estreno ha sido el de una comedia de Delpit, que cuenta ya cerca de treinta años de existencia, y cuyo título es *El hijo de Coralía*. Pertenece esta obra al género folletinesco que pudiéramos llamar fino y que tan en moda puso Octavio Feuillet. El principal atractivo de esta clase de comedias es el interés: el espectador está durante cuatro ó cinco actos sin saber si el galán joven se casará ó no con la ingenua criatura que le ama con todo su corazón. Al cabo los obstáculos que se oponían al enlace de los dos enamorados desaparecen y la comedia termina en boda, con gran contentamiento del público «sano.»

Muchas obras se han escrito por tal patrón y una de ellas es *El hijo de Coralía*. En esta comedia lo que impide que el galán, bravo capitán de artillería, se case con su prometida, angelical muchacha perteneciente á una respetable familia, es el origen de

aquél, hijo natural de una aventurera llamada Coralía. El noble mozo, al reconocer á su madre, lejos de rechazarla, le abre con cariño filial sus brazos, no obstante ser ella la causa de que su boda se deshaga; pero Coralía, arrepentida de sus pasados extravíos y no queriendo ser obstáculo á la felicidad de su hijo, resuelve encerrarse en un convento, con lo cual el padre de la novia transige con que su hija se case con el capitán, y el conflicto se resuelve, como se ve, de la mejor manera posible.

Sin negar yo que esta comedia, muy bien arreglada á la escena española por los Sres. Catarineu y don Pedro Gil, seudónimo de Ceferino Palencia, resulta en su estructura y procedimientos un tanto anticuada, he de decir también que desde el punto de vista social aventaja mucho al género pesimista y deprimente que tan en boga está ahora en el teatro.

Los autores del día ponen su mayor empeño en hacernos ver que no tiene el diablo por dónde desechár á los humanos, que la sociedad es un amasijo de miserias y de infamias, que la virtud es cursi y la elevación y nobleza de sentimientos sueños de poetas chirles. Este concepto de la vida humana, presentado bajo mil diversos aspectos en el libro y en el teatro, achica y deprime el espíritu. Además es falso. Sinceramente creo que tales pesimismo tienen mucho de afectado y no poco de calumnioso. Ni el hombre ni la sociedad son tan malos como creen, ó dicen que creen, esos pintores de miserias. Para convencerse de ello basta extender la vista en derredor nuestro y encontraremos virtudes acendradas, heroicas aunque obscuros sacrificios, actos de bondad y ejemplos de resignación.

Por esto, cuando vemos una comedia como *El hijo de Coralía*, que á vueltas de ciertos recursos anticuados nos presenta lo que hay de noble y generoso en el corazón del hombre y exalta los sentimientos tiernos, delicados y bellos, experimentamos íntima satisfacción, semejante á la que siente una mujer cuando ve un retrato suyo en que el pintor no la «ha desfavorecido.»

Mucho más importante que los dos estrenos á que se refieren las anteriores líneas ha sido el de la *Zagala*, comedia de los Sres. Alvarez Quintero, verificado noches pasadas en el Español.

Son los dos aplaudidos hermanos de los pocos autores contemporáneos que cultivan el arte castizo, sin mezcla de extranjerismo alguno. Los asuntos por ellos elegidos son genuinamente españoles, españoles los tipos de sus comedias, españolas las sales y doñaires con que saben sazonar sus obras. Los Quintero además copian directamente de la realidad, y en sus obras ya numerosas encuéntranse, aun en las más endeables, rasgos de admirable verdad.

Empezaron los dos ingeniosísimos escritores por escribir sainetes, género que, como es sabido, tiene por objeto pintar tipos y costumbres, y no caracteres y sentimientos, misión propia de la comedia y del drama; y sin duda, habituados á escribir aquella especie de producciones escénicas, no logran en sus «obras grandes» apartarse por completo de lo que es exclusivo del sainete. En todas sus comedias hay siempre algo de sainetesco.

No es la *Zagala* una excepción de lo que acabo de decir: en ella es fácil señalar, al lado de escenas y personajes de verdadera comedia, figuras caricaturescas, chistes y «salidas» que huelen al aceite. Sin ir más lejos, D. Baltasar de Quiñones, figura principal de la obra, es lo que se llamaba antes un personaje de figurón, de la misma familia que el D. Lucas del Cigarral de Rojas. Lo caricaturesco de aquel personaje comunica á toda la obra cierto carácter, que sin ser completamente bufo, no está dentro de lo cómico propiamente dicho.

El Sr. de Quiñones es un rico y noble hacendado de un pueblo de Andalucía; sus lecturas y aficiones literarias han adulterado su clara inteligencia hasta el punto de que en toda ocasión y momento habla en enfático y cursicastizo estilo. Este buen señor es viudo y tiene dos hijas, una ausente, en Suiza, á causa de su delicada salud, y otra en vísperas de casarse con un joven que al día siguiente de la boda se irá con su esposa á Madrid, en donde tiene su residencia. D. Baltasar de Quiñones va á quedarse sin más compañía que la de sus criados. En la casa hace falta una sirvienta, y á pretender este puesto preséntase una moza garrida, sana y apetitosa de cuerpo, que renciosa de condición y un tantico taimada como buena campesina. La escena en que ella y su padre se presentan en casa de Quiñones es lindísima, y María Guerrero (la zagala), Díaz (el padre) y Díaz de Mendoza (D. Baltasar) la ejecutan de un modo primoroso.

En el acto segundo echamos de ver que al hidalgo andaluz no le parece costal de paja la zagala. Por su

parte ella, que como he dicho ya, aunque rústica no tiene pelo de tonta, se ha hecho cargo del efecto que ha producido en su amo, y se vale de cuantas coque-terías le sugiere su instinto femenino para encalabrinarle y volverle, como suele decirse, tarumba. La escena en que la avisada moza *sirve de yantar* al señor de Quiñones, es un verdadero primor: gracia, observación del natural, ingenio fino, de todo ello hay mucho en aquel encantador diálogo.

D. Baltasar, como es natural, dada su situación, pierde los estribos, y al terminar el segundo acto daría al traste con su seriedad, robando un beso á la zagala dormida, á no caerse en aquel momento, con artificiosa puntualidad, el retrato de la difunta esposa del hidalgo.

En el tercer acto la zagala reina ya como soberana en el corazón de Quiñones. La moza está segura de su triunfo, y los vecinos y criados murmuran de aquel amor que consideran ridículo y censurable, aunque las cosas no hayan pasado á mayores. Pero ¿qué le importan á D. Baltasar las murmuraciones de sus convecinos y sirvientes? El quiere á la zagala con amor vehemente, y no sólo pone en la calle á los que vienen á darle oficiosos consejos, sino que deja marchar de la casa á una anciana criada que no puede tolerar el encumbramiento de la moza advenediza.

Y así las cosas llegamos al cuarto acto, el más endeble de la comedia, y á todas luces falso.

D. Baltasar de Quiñones se ha casado en secreto con la criada; pero cáta que lo que pudiera ser un idilio, un poco cocineril, pero idilio al cabo, se convierte en un patético conflicto. Es el caso que las dos hijas de D. Baltasar, la casada y la que estaba en el extranjero, á la cual se le ha ocultado, hasta poco antes de presentarse en escena, la muerte de su madre, vuelven á la casa paterna, llena para ellas del recuerdo de la muerta. ¿Cómo decirles que la difunta esposa del Sr. Quiñones ha sido substituída por la rústica zagaleja? El hidalgo no sabe qué partido tomar. De un lado le tira el amor de su nueva esposa; de otro, su cariño hacia sus dos hijas. ¿Qué hacer ante esta dolorosa disyuntiva? Por su parte, Encarna, que este es el nombre de la zagala, ha experimentado, sin que sepamos por qué, una radical transformación. No es ya la ambiciosilla campesina, un tanto taimada, de los actos anteriores, sino una mujer tan complicada como las heroínas de Ibsen, dispuesta á sacrificar su bienestar, sus ambiciones y su felicidad en aras de un sentimiento que se quiebra de puro sutil y delicado. La presencia de las dos hijas de Quiñones, enristricidas, como es natural, por el recuerdo de su madre, determina en el alma de Encarna aquella evolución psicológica, que á mí me parece de todo punto falsa. En virtud de ella, la zagala, creyéndose una usurpadora en la casa de Quiñones, huye, sin que se sepa adónde, y cuando las hijas del hidalgo se alejan también del lado de D. Baltasar, éste, buscando consuelo en el amor de su zagala, ve con espanto que Encarna también le ha abandonado.

La conducta de la moza quebranta por completo la lógica de su carácter. Durante toda la obra la hemos visto dirigiendo sus esfuerzos á pescar á su amo; en una conversación con su padre nos revela toda su alma, que nada tiene á la verdad de poética y soñadora; sabe además que Quiñones tiene dos hijas que veneran la memoria de su madre. Siendo esto así, ¿cómo explicarnos la determinación de huir de su casa —ya es suya, puesto que se ha casado—solamente porque ve tristes y acongojadas á las hijas de su marido?

No; dentro de la lógica, Encarna, la Encarna de los tres actos anteriores, podría, porque no es mala, sentir algo de pena ante la tristeza de sus hijastras; pero esta pena no sólo no la impulsaría á tomar una decisión heroica, sino que por el contrario, bien pronto disipada, no le impediría pasearse, hecha un brazo de mar, orgullosa y satisfecha del brazo de su esposo para hacer tragar quina á las envidiosas de Pinares, pueblo en que pasa la acción de la comedia.

Este final, unido al carácter algo asainetado de algunas escenas y á ciertos episodios de relleno á fin de hinchar un argumento que quizás hubiera podido desarrollarse íntegramente en un par de actos, son los defectos más salientes que creo advertir en la última comedia de los Quintero.

De otras novedades teatrales poco hay que decir. Se reducen á un melodrama antijesuítico estrenado en Novedades y titulado *Los vampiros del pueblo*, ahogado como quien dice en su cuna por el gobernador de Madrid, que prohibió la representación á la noche siguiente del estreno, y á una piececilla arreglada del francés, estrenada hace treinta años con el título de *Very Wel* y reestrenada ahora en Lara con el de *Hotel inglés*.

ZEDA.



... y una atmósfera tristísima me envolvía mientras sentado en una butaca escuchaba el gorjeo de un arpeggio ó el desgranar de una escala

Las manos de mi prima, por Mauricio López Roberts

DIBUJO DE NICOLÁS SIERRA

Al extremo de aquel triste pueblo, en un palacio antiguo y sombrío, vivía mi prima con su madre, pobre señora medio loca. Aquella muchacha extraña pasaba allí su vida, alejada del mundo, leyendo mucho, pintando algo y tocando el piano maravillosamente.

Desde el fallecimiento de Miss Kate, la vieja inglesa que la instruyó, no se trataba con nadie, y sólo su figura delgada y alta pasaba por los salones desiertos del vetusto caserón. Pálida, casi lívida, de ojos profundos y oscuros que parecían contemplar objetos misteriosos, siempre vestida de negro, era mi prima una criatura atrayente. Sus manos sobre todo detenían la vista, finísimas, muy blancas, de dedos afilados, sin ofrecer á la luz un solo matiz rosáceo, ni vetearse de azul por el serpentear de una vena, no semejaban aquellas manos las de una persona viva. Prodigiosamente bellas, parecidas al mármol en blancura y frialdad, hubiesen hallado colocación adecuada sobre el pecho alabastrino de alguna estatua funeraria.

A su aspecto respondía su conversación. La institutriz muerta habíale imbuído á mi prima ideas extrañas sobre los tenebrosos misterios de la muerte, y así creía posibles las comunicaciones entre las almas de los vivientes y las de los que fueron. Hablaba de ello como pudiera hacerlo de un suceso ordinario, y sostenía su tesis con ejemplos y datos que prestaban á cuanto decía carácter de aterradora posibilidad. El medio en que su vida deslizábase, aquella morada siniestra, entenebrecida, donde resonaban los gritos de la loca, la soledad de las largas noches invernales, el misterio de los crepúsculos, todo excitaba más y más la imaginación enferma de mi prima.

Yo era el único que la visitaba. Retenido en aquel poblachón por enojosos asuntos, la veía al atardecer. Nuestras conversaciones edificarían al más escrupuloso. La pintura y sobre todo la música formaban la base de aquellas pláticas. Mi prima, que era entusiasta de los maestros del siglo XVIII, sentábase muchas tardes al piano, y bajo la presión de sus dedos exangües sonaban andantes y scherzos, sinfonías y gavotas. La música alegre y melancólica á la vez evocaba fiestas pastoriles, bailes campestres, diosas empolvadas, y las notas nacían, susurrando cánticos entonados por labios que murieron, danzas trenzadas por bailarines desaparecidos. El salón, con sus muebles viejos y sus retratos antiguos, era cuadro á propósito para tales conciertos, y una atmósfera tristísima me envolvía mientras sentado en una butaca escuchaba el gorjeo de un arpeggio ó el desgranar de una escala.

Componíase de tres tiempos, los dos primeros apacibles, llenos de encantadora melancolía. El tercero era un minueto, alegre, juguetón, que después de sacudir con sus notas risueñas el enervamiento producido por la tristeza tranquila de sus predecesores, concluía disminuyendo poco á poco, perdiendo fuerza insensiblemente, quedando luego reducido al canto solo que la mano derecha repetía cada vez más alejado, más tenue, más lento, hasta extinguirse en un suspiro. Este final ejecutábalo mi prima de manera portentosa, y la mano purísima, inmaterial, se alzaba y descendía suavemente, reflejándose sobre la tersa superficie del tablero pulimentado del piano como una mariposa sobre el agua.

Sin embargo, no siempre tocaba mi prima el piano, pues alguna tarde encontrábase desasosegada. Sin atender á mis palabras, sus ojos inquietos sondeaban ansiosamente los ángulos sombríos del salón, donde los muebles se envolvían en penumbra. Estremecida al menor ruido, volvía de pronto la cabeza cual si quisiese sorprender tras sí á algún enemigo en acecho. Mis frases tranquilizadoras la calmaban algo, y entonces decíame sus terrores, producidos por las apariencias fugitivas de fantasmas imprecisos que deslizábanse furtivos á su lado cuando pasaba por algunos lugares de la casa. Creía escuchar murmullos agoreros que en su oído dejaba caer una boca invisible, á veces parecíale entrever manos marmóreas que en lo obscuro la llamaban. Temblorosa, rendida ante las manifestaciones sobrenaturales, reclinaba su cabeza pálida en mi hombro, pidiéndome auxilio con voz trémula, hablando bajo, como si temiese ser escuchada por alguien.

Así la amé, sin que jamás pueda decir en qué instante nació nuestro cariño. Mi amor pareció devolverle algo de vida y su rostro coloreó tenuamente su inverosímil palidez. En todos nuestros coloquios me pedía la sacase de allí. Obedeciéndola, preparé la boda; pero antes, como el arreglo de unos papeles hiciera imprescindible mi presencia en la ciudad, tuve que disponerme á partir.

La tarde anterior á mi viaje, fui como siempre á visitarla. La hallé hundida en profunda tristeza. «¡No te vayas!», exclamó, «¡no te vayas! Anoche en la capilla alguien me dijo: «No le verás volver.» Sus manos me sujetaban convulsivas diciendo esto, en tanto que las pupilas profundas dilatábanse espantadas. Traté de tranquilizar su espíritu medroso. Pero fué inútil; movía tristemente la cabeza diciendo: «No te veré volver, no te veré volver.»

Para confortarla acudí á la música y pedíle tocara nuestra sonata favorita. Acedió, y las notas sonaron,

repetiendo una tras otra las melancolías de los tiempos primeros, el jugar picaresco del minué. Llegaba éste á su término. Los sonidos se extinguían pausadamente, cuando un grito me arrancó del ensimismamiento tranquilo que la música creó en torno mío. Viendo á mi prima en pie, demudada, estremeuida, abiertos de horror los ojos y la boca, corrí en su auxilio, la conduje á un sofá y allí con palabras cariñosas traté de averiguar lo ocurrido. Poco á poco, en frases entrecortadas, me habló de una mano reproducida en el reflejo brillante de la caoba del piano, mano que no era la de mi prima y que le hizo un gesto de llamada, desvaneciéndose luego. «No te vayas, volvió á repetirme llena de angustia, quédate, no te vayas.» Traté de convencerla de lo imaginario de su susto, la hablé de nuestra futura dicha que exigía mi viaje, mas no pude lograrlo del todo, y dejándola resignada, pero no convencida, me despedí de ella.

Ya en la calle miré como siempre hacia su balcón y la vi recostada en el marco, esclarecida por la última luz crepuscular, agitando su pañuelo en signo de adiós. Anduve algunos pasos, y cuando volví la cabeza para verla una vez más, las tinieblas habían hundido todo en la noche. Partí triste.

* *

A los dos días me avisaron que mi prima había muerto casi de repente.

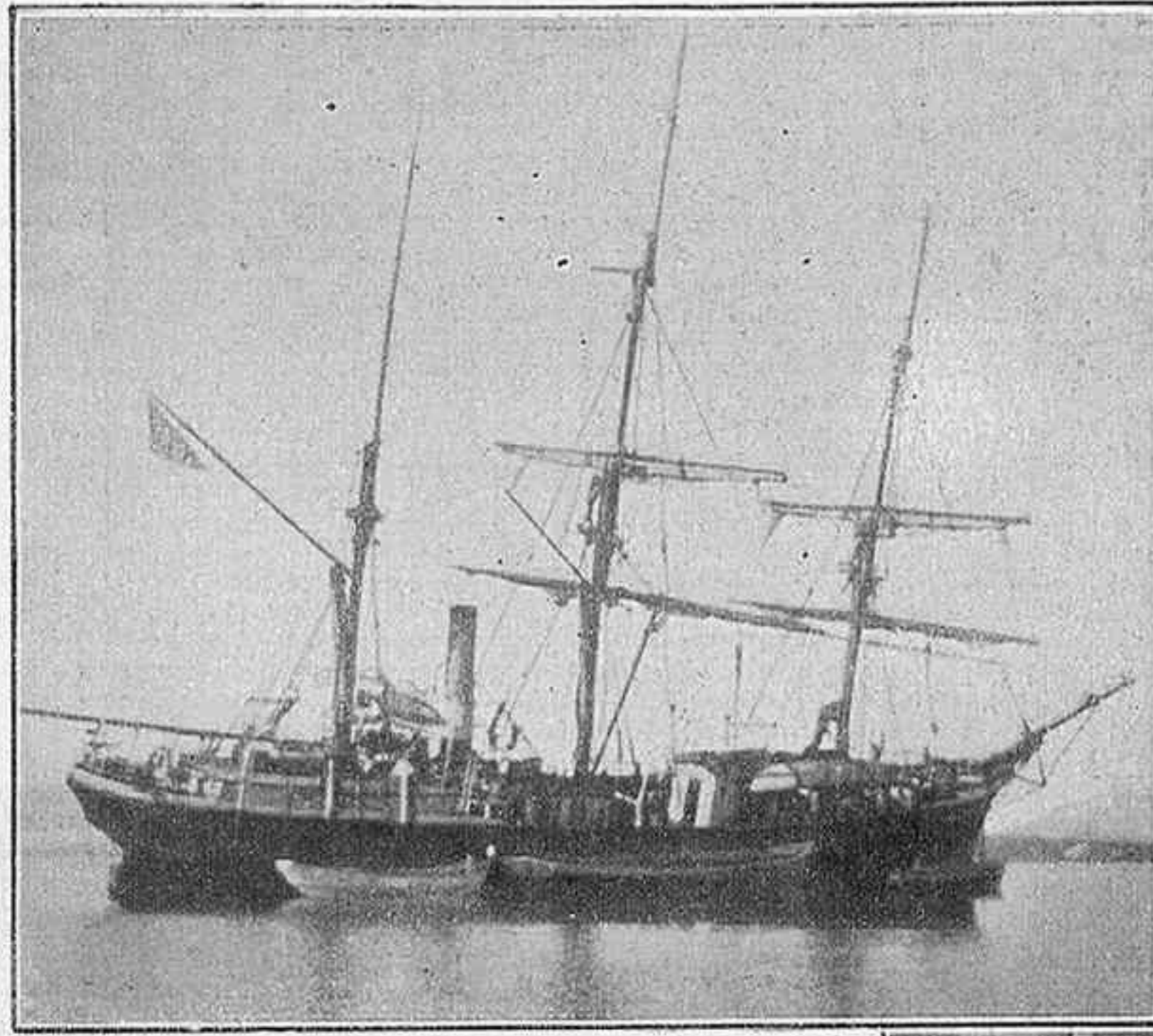
Me puse en camino y llegué al pueblo cuando ya estaba enterrada. Mis preguntas averiguaron que nadie supo cuál fué la enfermedad matadora, y lloré, lloré mucho, al saber que en su corta agonía no cesó de llamarme.

Abrumado por la pena, me refugié en el salón. La tarde moría como cuando vi á la muerta por última vez. Recordaba su miedo, sus presentimientos, todo cuanto pasó. La evocación de aquellos instantes reprodujo en mi cerebro la música del minué. Sumíame en un dolor aletargado, cuando de pronto la cadencia que se repetía en mi memoria pareció tomar vida exterior. Del piano, sí, del piano brotó un sonido dulce, melancólico, y el final de la danza continuó, escapándose la armonía del teclado desierto.

Lleno de pavor me acerqué al instrumento. El minué expiraba entonces, y al mismo tiempo que oía la última nota, vi, vi claramente flotar en la madera pulimentada el reflejo de la mano de mi prima que parecía alzarse de las teclas, decirme adiós y evaporarse rápido.

Enloquecido, huí de aquella casa y de aquel pueblo. Mucho tiempo después supe que mi tía murió loca á poco de salir yo de allí y que el palacio estaba cerrado y sin habitar, pues se aseguraba que tenía duende.

Una sonata escrita por un maestro de capilla alemán que murió desconocido nos cautivaba entre to-



El *Antartic*, buque en que realizó su expedición al Polo Sur el explorador Nordenskjöld (de fotografía de la Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados).

REPÚBLICA ARGENTINA

BUENOS AIRES

EXPEDICIÓN DE LA CORBETA «URUGUAY» (1)

Cuando el célebre explorador polar barón de Nordenskjöld hacía sus últimos preparativos y alistaba en sus menores detalles al *Antartic* para emprender viaje á



D. José M. Sobral, teniente de fragata de la armada argentina que se agregó á la expedición de Nordenskjöld (de fotografía de «Caras y Caretas»).

los mares polares del Sur, llegó la fragata *Sarmiento* de regreso de su primer viaje de circunnavegación, habiendo sido Barcelona uno de los puertos visitados. El entonces guardia marina D. José M. Sobral, entusiasta de su honrosa carrera y anhelando ver y saber, pidió permiso al gobierno argentino para formar parte de la tripulación del buque sueco que, gallardo en el puerto, esperaba orden del jefe para levar anclas y hacer rumbo hacia los inhospitalarios mares antárticos en busca de gloria y ciencia, paga-

plicando la ruta que debía seguirse en caso de que no volviesen en el término de dos años, tiempo calculado para la duración del viaje y de las provisiones, pues sería señal cierta de pérdida ó prisión completa entre los hielos.

La previsión de Nordenskjöld y la exactitud de sus informes fueron la salvación de

un telegrama del último punto de escala en el que, concisamente, su comandante comunicaba su llegada de feliz regreso con todos los tripulantes del *Antartic*.

Las expediciones del *Frithjof* y del *France*, que en aquel entonces se preparaban, resultaban inútiles si no perseguían otro fin que el de auxiliar á Nordenskjöld y compañeros.



La tripulación del *Antartic* (de fotografía de la galería de «La Nación»)

todos los individuos que formaban expedición tan importante. Digo mal: murió de afección cardíaca el marinero Wennesgaard, mozo de veinte años, noruego. Allí quedó sepultado bajo tierra fría, á los 64° de latitud, en la isla Paulet. Esta vez el espíritu de los desiertos helados también quiso su víctima.

Habían pasado los dos años prescritos sin la menor noticia, y se acercaba ya la terminación del tercero cuando apareció un artículo del perito y gran geógrafo argentino D. Francisco P. Moreno llamando la atención del gobierno sobre la expedición mentada, y el compromiso moral y humano en que estaba la República Argentina de socorrer al *Antartic*. Inmediatamente empezóse la transformación de la cañonera *Uruguay* en corbeta, dejándola, al parecer, apta para la navegación en los mares de aquellas latitudes. Se nombró al teniente de navío D. Julián Irizar jefe de la expedición, que hizo un viaje á Europa en busca de los elementos necesarios para el mejor éxito posible.

Cariñosa y conmovedora fué la despedida que se hizo al mentado buque y á su tripulación. Se tuvieron noticias de

La *Uruguay*, en su viaje de ida, hizo rumbo á la isla de Año Nuevo, donde la República Argentina

tiene un observatorio meteorológico de mucha importancia; tomó datos y de allí dirigióse á la isla Paulet. La nave fondeó cerca de la punta Este del golfo Erebus y Terror, desde cuyo punto divisaron la casita de piedra cubierta con cueros de foca en la que se abrigaba parte de la tripulación, que dormía todavía. Eran las cinco de la mañana. ¡Qué hermoso despertar!



El teniente de navío de la armada argentina, jefe de la expedición que salvó á Nordenskjöld y á sus compañeros (de fotografía).

La noche antes, desesperados, medio muertos de hambre, habían hecho el proyecto de dejar aquel punto, embarcándose en dos canoas que les quedaban desde la pérdida del *Antartic* y navegar hasta Tierra del Fuego, ya que el mar empezaba á estar libre. Hubiera sido una demencia, un suicidio.

Al oír la sirena de la *Uruguay* pusieronse de pie como por resorte, y casi sin dar crédito á sus oídos, salieron al aire libre. Cuando vieron el buque y el pabellón que flotaba en el pico de la mesana, sintieron como un frenesí de alegría, dando repetidos saltos, gritos y vivas á la República Argentina.



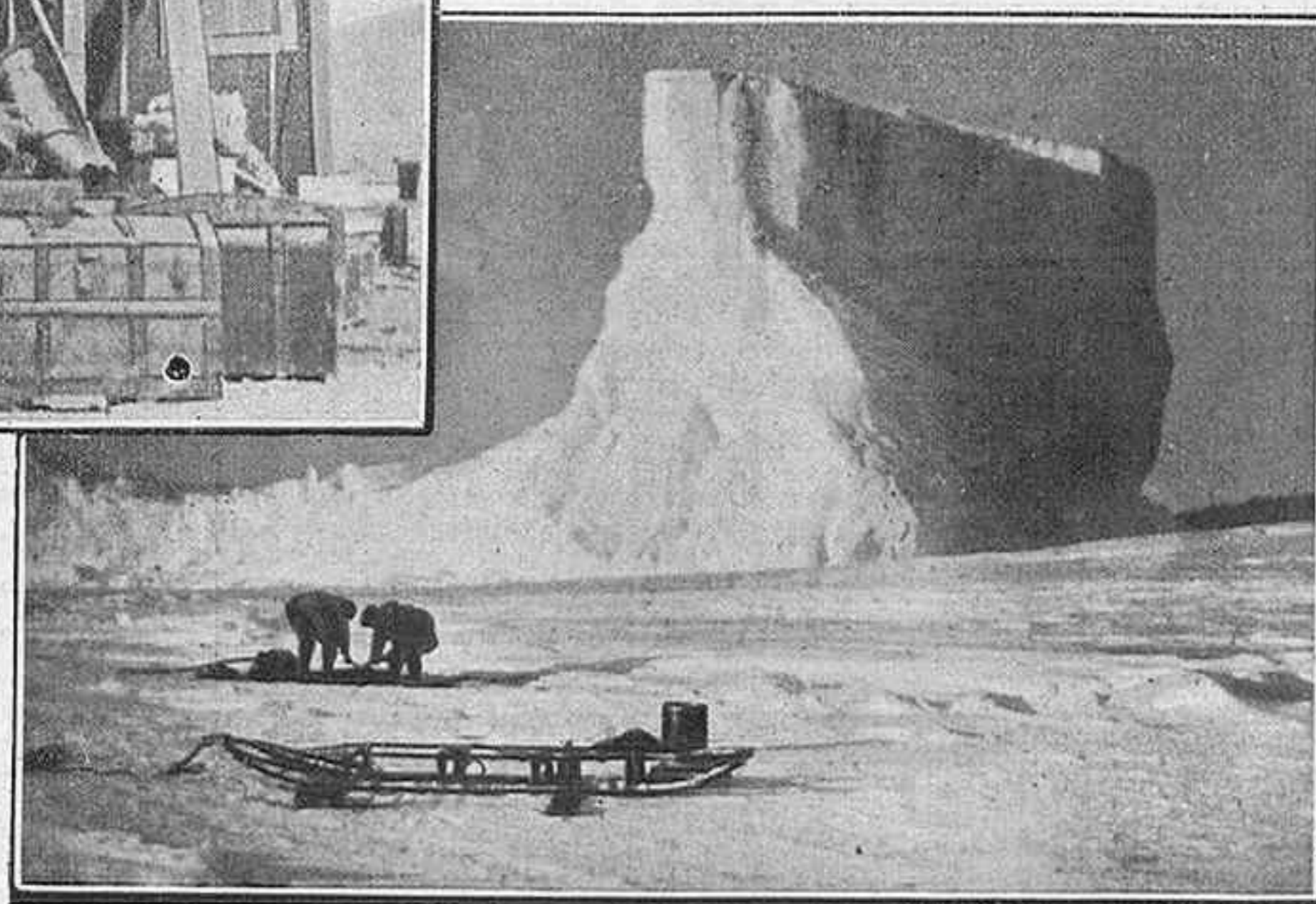
Nordenskjöld, Irizar y Sobral en la casa de Snow Hill (de fotografía de «Caras y Caretas».)

das con exceso de sufrimientos y penalidades.

Concedido el permiso, Sobral formó parte de los compañeros de Nordenskjöld; y á los pocos días de su llegada, apenas descansado de su anterior viaje, desprendióse de los brazos de su cariñosa familia para emprender, lleno de entusiasmo, expedición al polo.

Nordenskjöld aceptóle como á hijo, y vió en él un lazo vivo de unión y fraternidad con la República Argentina, y presintiendo los peligros graves á que se exponían, dejó un pliego ex-

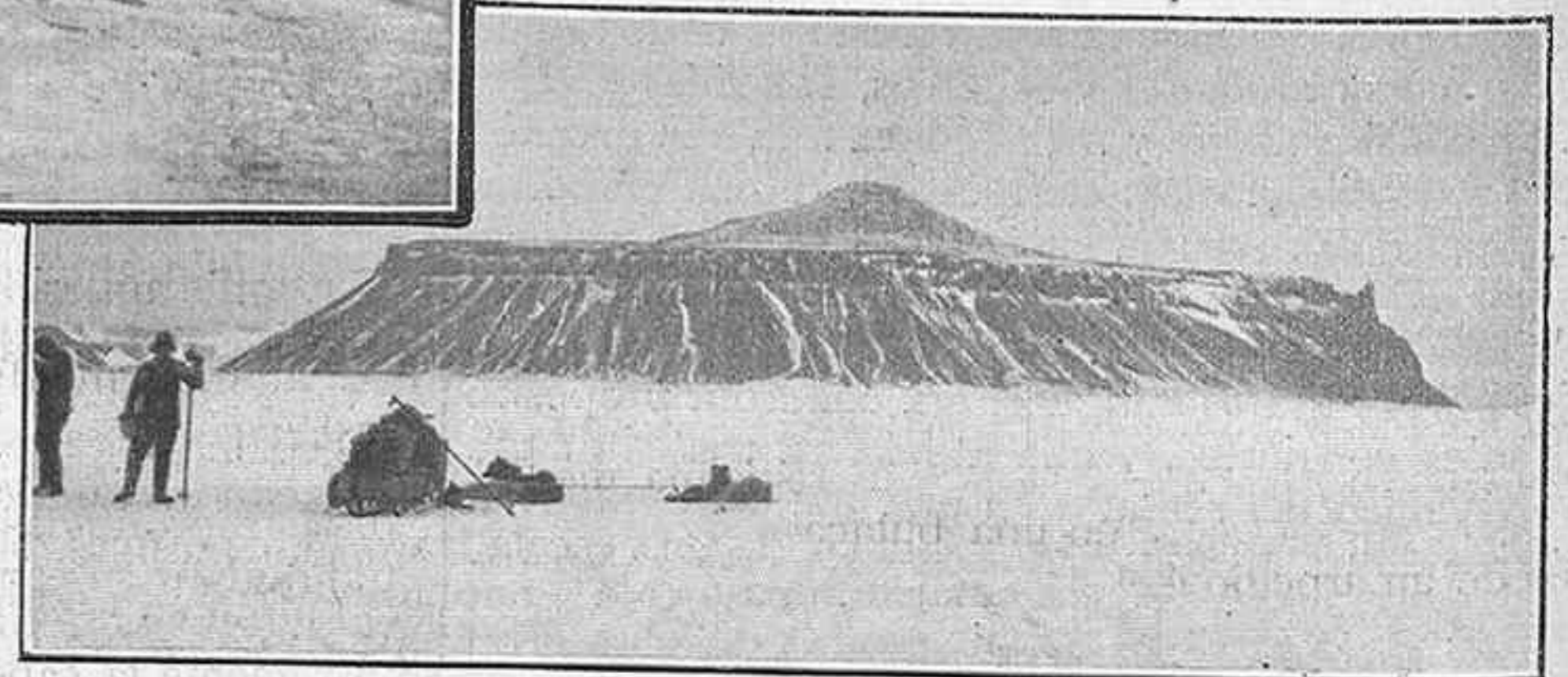
(1) Aunque en el número 1.151 publicamos un artículo y algunos grabados referentes á este asunto, no por esto ha perdido su interés la excelente información que nos ha remitido nuestro activo é inteligente corresponsal literario en Buenos Aires Sr. Solsona que en el presente reproducimos.



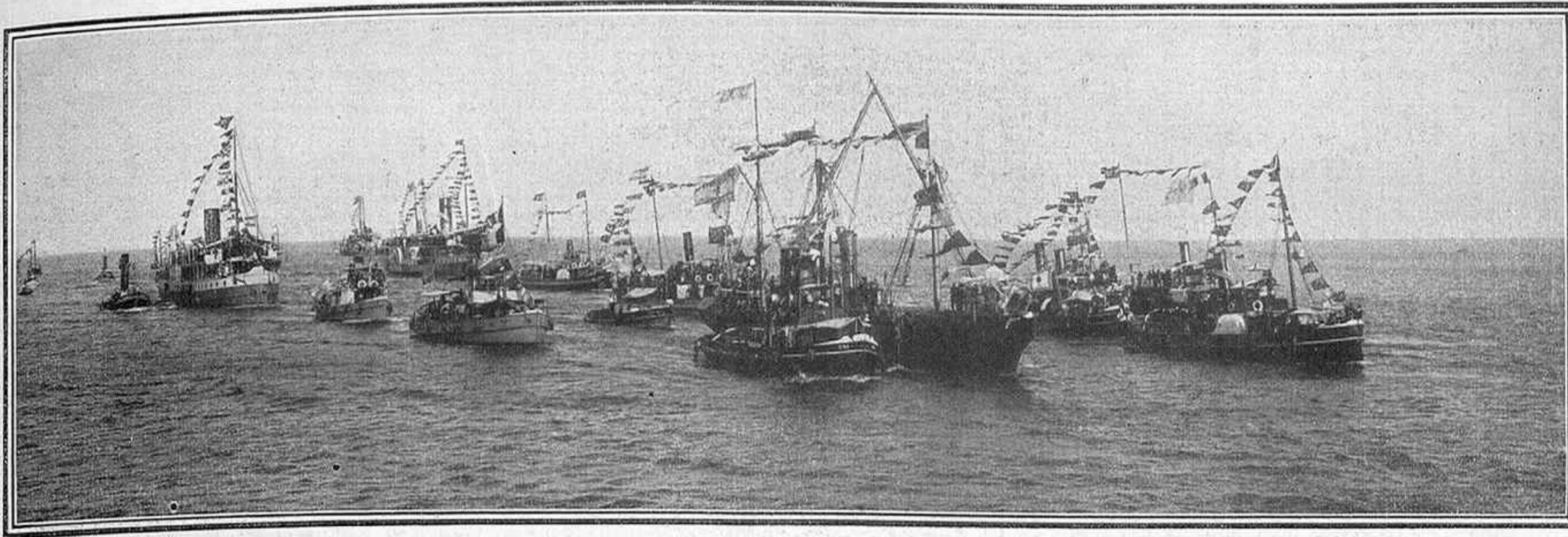
Iceberg que ocasionó la pérdida del *Antartic* de fotografía de la Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados

su escala en Punta Arenas, y después nada.

Pasado poco más de un mes y cuando nadie pensaba en la *Uruguay* más que para hacer *in mente* comentarios de su situación entre hielos, se recibió



En la isla de Seymour (de fotografía de la Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados)



La corbeta Uruguay en demanda del puerto de Buenos Aires, escoltada por la escuadrilla de vapores de D. Nicolás Mihanovich que salió á recibirla (de fotografía de la Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados)

Entonces se supo la pérdida total del *Antartic*. Estando ya preso entre hielos todavía blandos, la corriente llevó un enorme iceberg de gran altura y mole, y con el choque y después apretándolo en terrible abrazo, lo destruyó paulatinamente su poderosa é irresistible presión, hasta sepultarlo del todo. Sin embargo, dió tiempo de salvar colecciones, instrumentos, viveres, ropas, etc., si bien cuando fueron encontrados los exploradores estaban poco menos que desnudos.

Con las noticias allí obtenidas y embarcados naufragos y objetos, dirigióse la *Uruguay* á Snow Hill, donde Irizar y algunos compañeros, á poco de introducirse tierra adentro, encontraron á Nordenskjold, Sobral y algunos marineros, que sintieron las mismas emociones descritas, aunque con mayor intensidad, por ver venir de lejos á bultos extraños que resultaron ser sus salvadores.

De allí pasaron á la parte oriental de la isla Seymour y encontraron á los demás expedicionarios, Larsen, Andersen, Duse, etc.

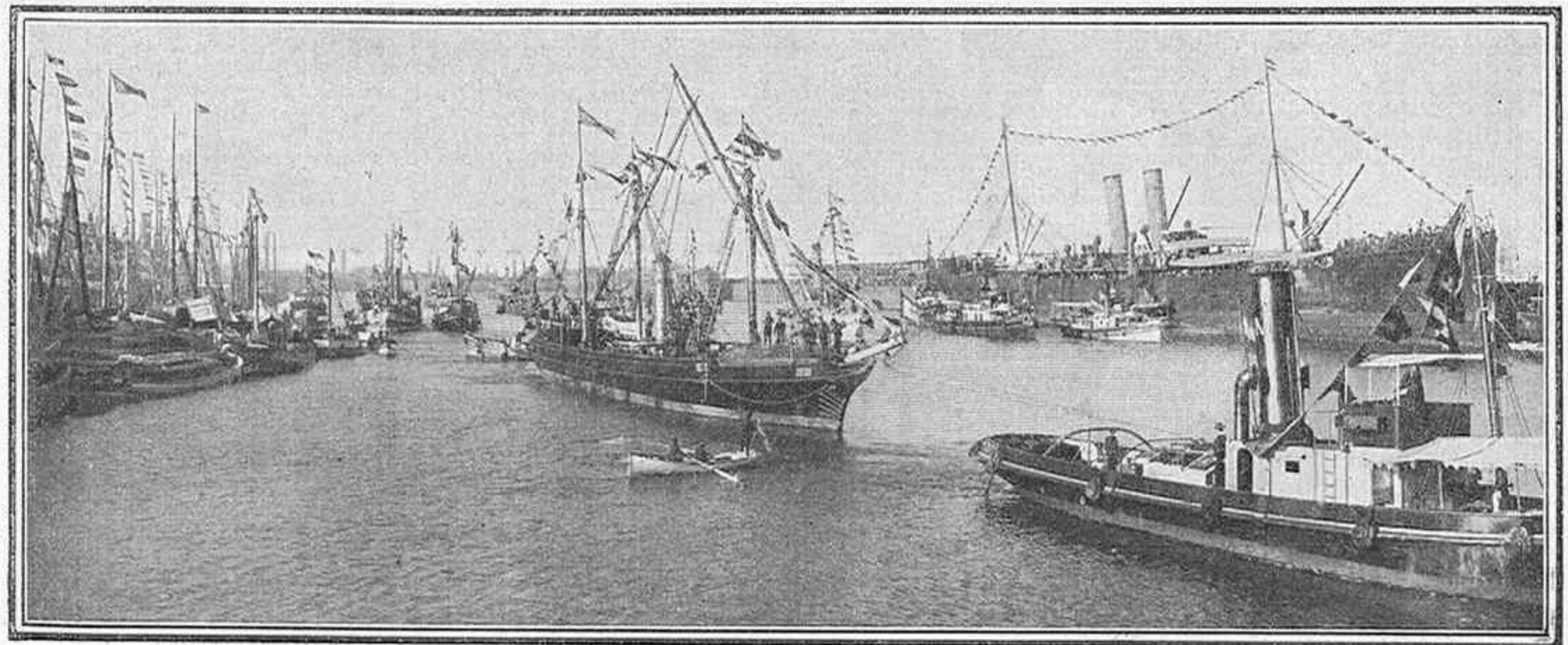
*
**

Antes de cumplirse dos meses de ausencia, la *Uruguay* llegaba al estuario del Río de la Plata. Pero ¿en qué estado!

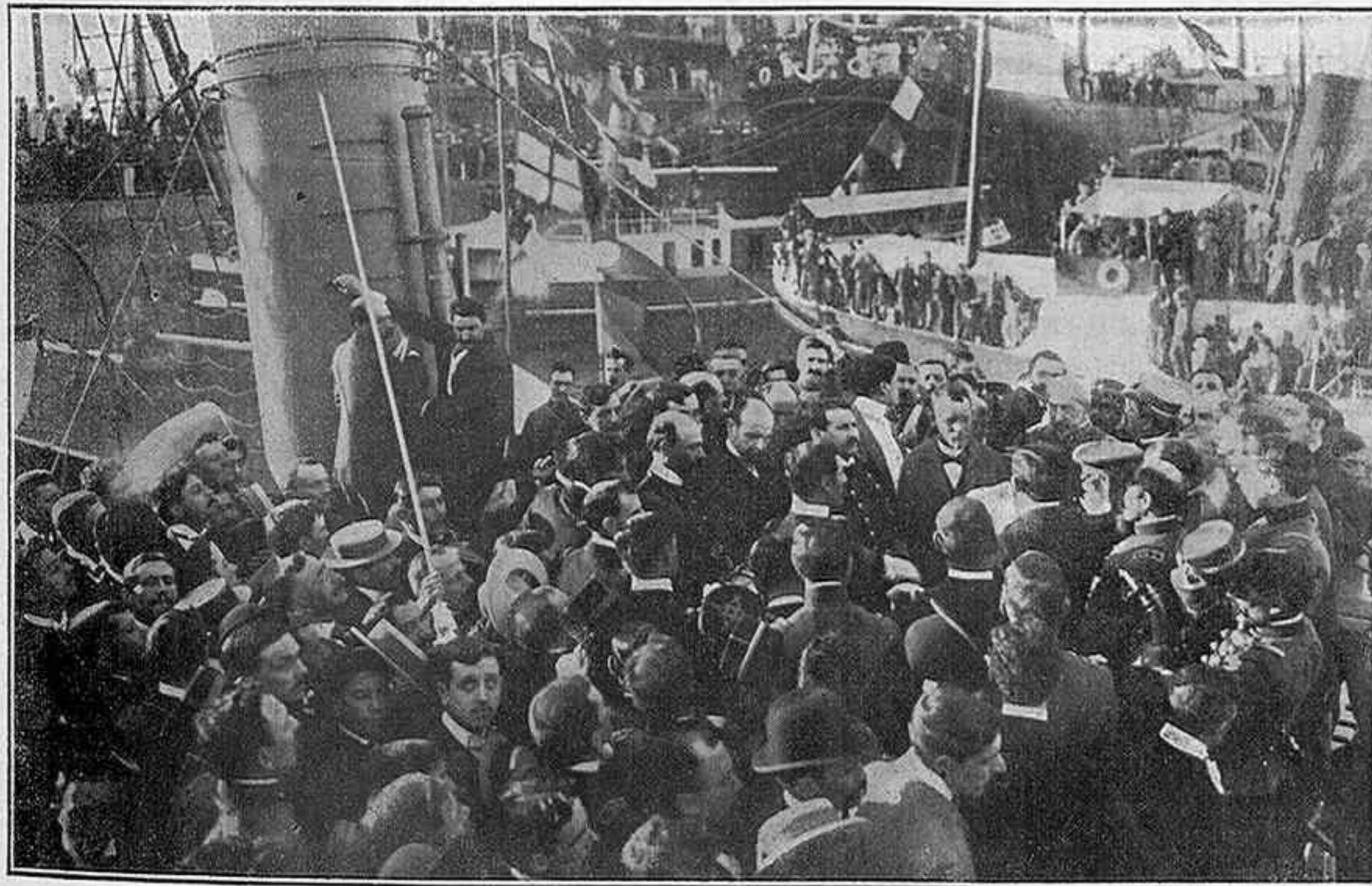
A causa de un fuerte temporal desarboló del palo mayor y trinquete desde encapilladuras, ó sea perdiendo los masteleros de gabias y juanetes. Solamente quedaron los palos reales. Fué preciso picar, y

Imposible es describir con exactitud el desfile por las avenidas Cangallo, Rosales, Plaza Mayo y calle Florida hasta llegar al «Centro Naval;» sólo se puede dar de ello pálida idea. Allí estaba todo Buenos Ai-

Una anécdota final. Nordenskjold llevó perros groenlandeses y malvinenses. Convencidos unos y otros de su origen, formaron dos bandos. Si un perro de Groenlandia, por ejemplo, atacaba ó era atacado



La corbeta Uruguay entrando en el puerto de Buenos Aires (de fotografía de la galería de «La Nación»)



Llegada de la *Uruguay* á Buenos Aires. La comisión de recepción á bordo de la corbeta dando la bienvenida á los expedicionarios (de fotografía de la galería de «La Nación.»)

así, lisiada, con las vergas embicadas entró en el puerto.

La recepción revistió todos los caracteres de entrada triunfal. Una escuadrilla compuesta de más de cincuenta vapores empavesados, de grande y pequeño tonelaje, casi todos pertenecientes á la poderosa casa naviera de D. Nicolás Mihanovich, atestados de familias, salieron hasta la rada exterior, escoltándola, rodeándola, como en amoroso abrazo, conmoviendo la gritería, los saludos, los cohetes, las músicas, los silbatos y sirenas, formando una escena llena de color y vida, colosal nota que subió de punto dentro del puerto, por cuyas avenidas difícilmente transitará el enorme gentío.

proyecciones luminosas han sido interesantísimas. La concurrencia, colosal y muy distinguida.

Desde que se supo la noticia del éxito de la expedición argentina, las corporaciones científicas del país y

por uno de las Malvinas, todos sus compatriotas le defendían desesperadamente, por lo que resultaba que á poco la batalla se hacía general, costando un triunfo el hacerles cesar. Si en la contienda había algún muerto, todos juntos se lo comían en santa paz y con buen apetito.

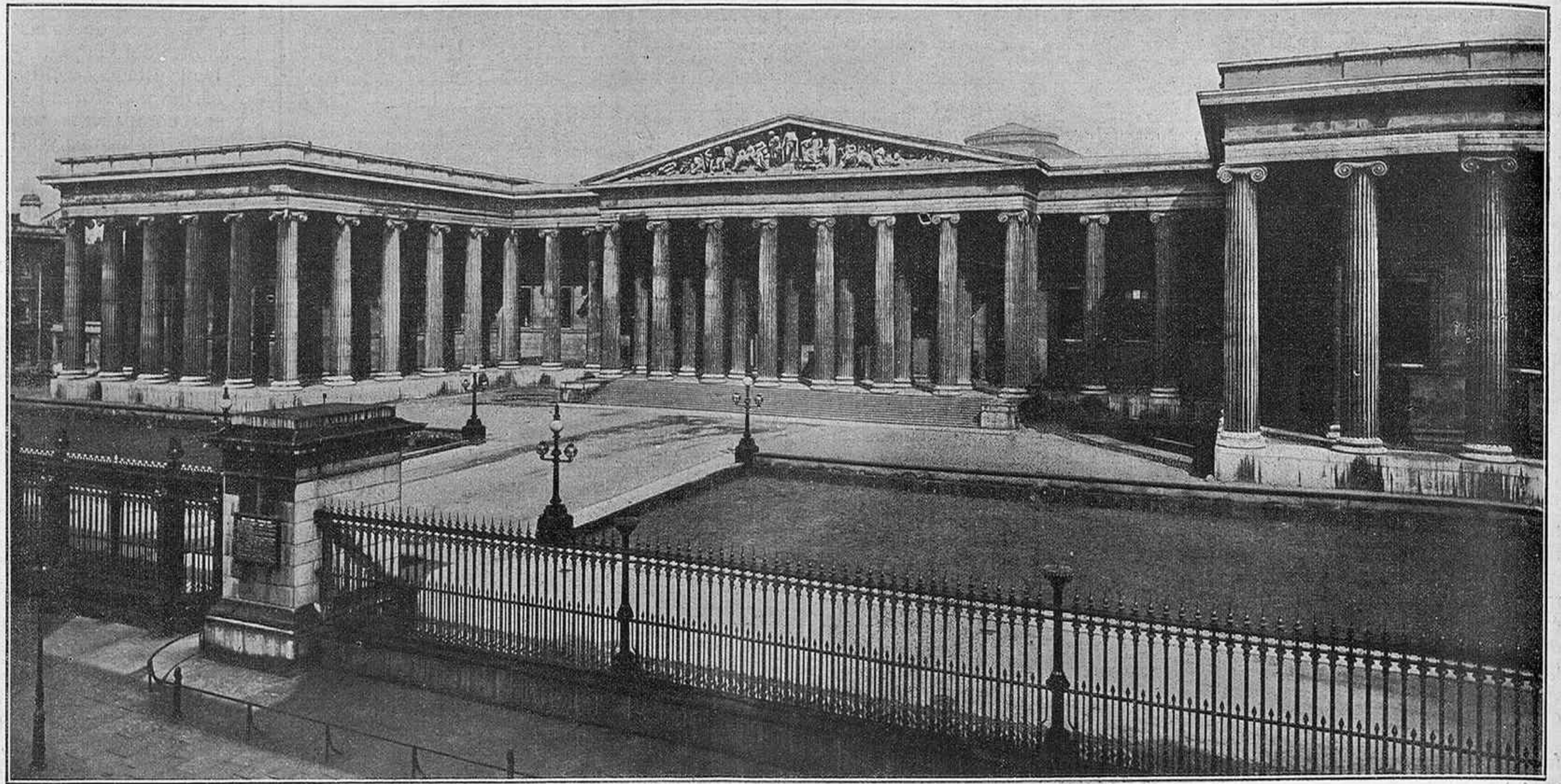
Y una frase. Una noche Nordenskjold, de regreso de una de las tantas fiestas oficiales, con banquete y pluralidad de discursos más ó menos cursis y largos, al penetrar en su cuarto hallóse con la mesa cubierta de tarjetas postales pidiéndole una frase ó simplemente su autógrafa: tres ó cuatrocientas por lo menos. Displicente tiró el sombrero, exclamando: «Si sé esto me quedo solo en los hielos.» Pero se sentó en la silla y fué condescendiente.

JUSTO SOLSONA.

Buenos Aires, diciembre de 1903.



Recepción en Buenos Aires de la corbeta *Uruguay* á su regreso de la afortunada expedición en busca de Nordenskjold y demás tripulantes del *Antartic*. Aspecto de las avenidas de la dársena Norte y del dique N.º 4 del puerto (de fotografía de la galería de «La Nación.»)



EL BRITISH MUSEUM DE LONDRES

Museos de Europa.—El British Museum de Londres

Es el British Museum uno de los primeros del mundo; hay quien pretende compararlo con el Louvre, otros lo comparan con el Museo Germánico de



Cabeza de caballo dicho de la Noche ó Selene del Partenón, existente en el Museo Británico (copia de una fotografía)

Nuremberg, otros con el Trippenhuys de Amsterdam unido á la pinacoteca de Munich. Otros dicen de él que equivale á todos los Museos de Italia reunidos. Nada más inexacto. Entre dos ó varios museos no hay comparación posible. Uno puede poseer una obra maestra que no posea otro y que valga más que seis museos juntos. El valor de un museo no se mide por el número de sus obras, ni por lo que costaron unas cuantas de ellas aisladas.

Pero de todos modos, el Museo Británico es uno de los primeros del mundo, y esto es lo que nadie podrá nunca negar.

El edificio en que está instalado el Museo Británico es un verdadero palacio, uno de los más grandes de Londres, y por lo que toca á su contenido, una verdadera maravilla por la riqueza de sus colecciones, objetos de arte y de ciencias. El British Museum no cuenta mucho más de un siglo de existencia. Debe su origen á la reunión de tres colecciones de Sir Hans Sloane, de Sir Robert Cotton y de Sir W. Harley, que fueron adquiridas por el Parlamento. Sir Hans Sloane falleció en 1753, dejando en testamento su gabinete de historia natural y su biblioteca de 50.000 volúmenes (rica en manuscritos preciosos) á la ciudad de Londres, mediante la indemnización á sus herederos de una suma de 20.000 libras á repartirse entre todos ellos. El Parlamento votó la suma, y el antiguo

palacio del duque de Montague, en Great-Russell-Street, adquirido por la cantidad de 10.250 libras, recibió, casi como ganga y sin pensarlo siquiera, los tesoros amontonados tan laboriosamente por Sloane.

Poco preocupada hasta entonces de los intereses de la ciencia y de las artes, según cuenta el *Monitor* del 14 de julio de 1860, Inglaterra no poseía aún en 1755 ninguno de estos arsenales de la inteligencia que desde mucho tiempo constituían, por sus riquezas artísticas y literarias, la gloria de varias naciones europeas. Como ella llegaba la última y á grande distancia de la mayoría de las naciones del continente al reconocimiento de las bellas artes, le era preciso obrar con actividad para recuperar el tiempo perdido.

Adquirió, pues, á la mayor brevedad todo cuanto se le ofrecía á mano, de tal suerte que su Museo está compuesto de los más variados elementos, como libros, dibujos, láminas, medallas y de algunas estatuas, muestras de mineralogía, herbarios, objetos etnográficos, animales embalsamados, y hasta vestidos de esquimales y de salvajes. Así fueron improvisados en un solo museo una biblioteca, un museo de antigüedades y un museo de historia natural.

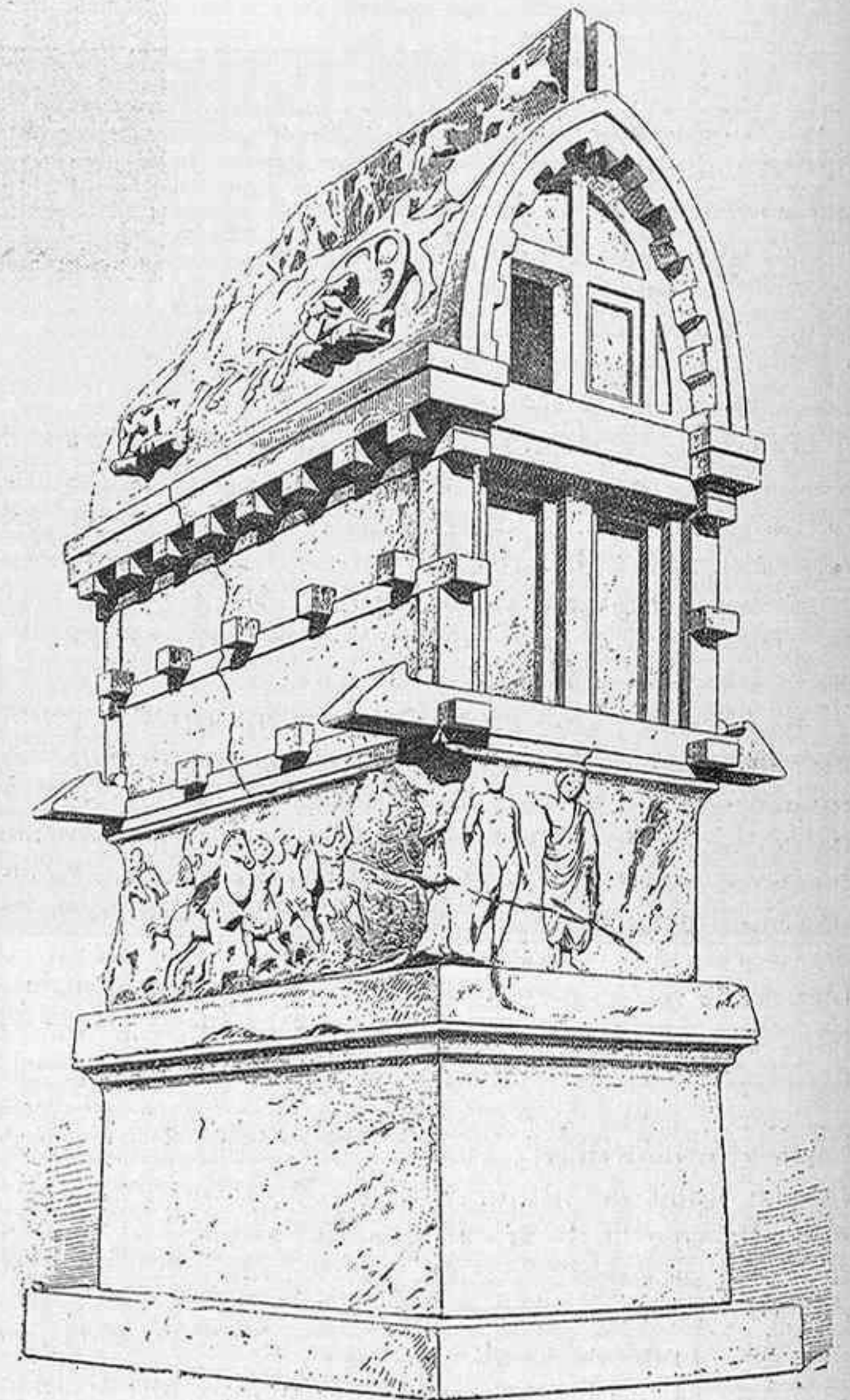
* * *

Apenas fundado, el British Museum se desarrolló rápidamente con legados, compras y donativos. Su primera compra fué la de adquirir los manuscritos de Harley, siendo luego enriquecida por la biblioteca de Cotton. En menos de diez años, si damos fe á Mr. Lavoix, sólo el gabinete de medallas, muy pobre en su origen, vió ingresar en sus compartimientos seis colecciones particulares formadas por embajadores y cónsules ingleses durante su permanencia en Italia ó en algunas ciudades de Sicilia ó de Grecia. Bronces, jarros, tierras cocidas, provenientes de las mismas procedencias, se juntaron en los salones de las antigüedades. Los fondos de los impresos y el de los manuscritos multiplicáronse aún con mayor incremento. Por lo demás, en cada viaje cada comandante de marina inglés aportaba un nuevo tributo por encargo del Estado á la Zoological Gallery, y Montague House hacíase cada vez más insuficiente para contener este cúmulo anual de riquezas.

Cuando el Estado adquirió los célebres mármoles que Lord William Hamilton había traído al regresar de su embajada de Nápoles, y luego los más numerosos aún de la colección Cownley, á las dependencias del hotel fué preciso añadir otras, construyéndose al efecto una sala contigua para admitir los már-

moles procedentes del antiguo templo de Apolo de Phigalia, y otra en 1816 para dar cabida á las estatuas y bajos relieves del Partenón, que lord Elgin, embajador en Constantinopla, traía desde Atenas.

Por último, cuando en 1823 el rey Jorge IV ofreció como regalo á la nación la biblioteca de Jorge III, su predecesor, que acababa de fenecer, faltaba aún espacio para recoger este cuantioso legado. Fué preciso entonces renunciar á este sistema de extensión



Sarcófago licio hallado en Xanthos. (Museo Británico.)

sucesiva en las construcciones de edificios á medida que se aumentaba el número de colecciones, sistema invasor que poco á poco amenazaba con la expropiación á todo el vecindario. El Parlamento decidió en-

tonces la construcción de un gran edificio á propósito para contener las riquezas que ya poseía el Museo y las que se reunieran en lo venidero.

No iba errado en sus previsiones; efectivamente, en estos últimos treinta años Londres ha visto doblados los tesoros de su museo nacional. No hablemos de la sección de impresos, la cual por sus adquisiciones anuales y por los libros que recibe del depósito legal, aumenta cada año en proporción asombrosa, sin contar con la biblioteca de Tomás Grenville que recibió como donativo. La sección de antigüedades también ha tomado un desarrollo más que notable. Desde 1835 hasta 1848, la colección Egipcia, que no contaba hasta entonces sino con unas esculturas tomadas por Nelson al ejército francés en Egipto, y algunos fragmentos de procedencia particular, hase aumentado, ó mejor dicho, creado, con las colecciones Salt, James Halliburton, Anastasi, Belmore y Andrew. Ya en 1842, Sir James Fellows, después de haber explorado la Lycia en dos viajes sucesivos, enviaba á Londres la tumba de Harpies y los mármoles de Xanthus. Cinco años después M. Layard enviaba á su gobierno los prodigiosos descubrimientos de los monumentos sirios realizados en la cercanía de la antigua Nínive bajo la dirección de Sir H. C. Rawlinson. MM. Rassam y Loftus habían sido á su vez tan afortunados como sus antecesores en las excavaciones emprendidas en las mismas regiones; los restos de los edificios en ruinas de Nemrod, de Khorsabad y de Kouyanjik han llenado en el espacio de cuarenta años las inmensas galerías sirias. Por último, un arqueólogo lleno de ánimo y de saber, M. Ch. E. Newton, añadió en 1860 otras riquezas á todas estas, extrayendo los mármoles de Boudroun y enviando á Inglaterra la estatua de Mausoleo y los bajos relieves que adornaban esta tumba, una de las siete maravillas del mundo antiguo, como es bien sabido.

* *

La misma actividad prodigiosa, la misma voluntad perseverante fueron puestas al servicio de las ocho secciones que componen el British Museum. Un siglo bastó á Inglaterra para erigir á las letras, á las ciencias y artes este espléndido monumento. Imposible nos sería en un trabajo forzosamente limitado dar cabida, aunque fuera de una manera abreviada, á cada una de las divisiones de este inmenso establecimiento, el cual por sí solo representa para Londres lo que son para nosotros la Biblioteca Nacional de Madrid, el Museo del Prado, el Arqueológico, la Armería Real y todo lo que hay en el Escorial y Toledo.

M. Merimée dijo en uno de sus importantes trabajos que después de investigar con la mayor minuciosidad en este Museo la sección de impresos, y en particular la nueva sala de lectura, que debieran estas secciones servir de modelo á todas las salas de bibliotecas públicas, pues en ellas más de 300 lectores encuentran á la vez todos los recursos de una gran biblioteca y todas las comodidades del gabinete de trabajo que se pueden desear. La forma de esta magnífica sala es circular, alcanza un diámetro de 140 pies ingleses y está coronada por una cúpula que se eleva hasta 106 pies desde el nivel del suelo. Esta cúpula es casi igual en altura á la del Panteón de Roma y más alta que la de la catedral de San Pablo de Londres. La sala recibe la luz por veinte ventanas grandes abiertas en su alrededor, sin contar la luz cenital que descende de lo alto por una linterna ó minarete de cristales implantado en la parte superior de la cúpula.

* *

Entre las riquezas del British Museum llaman la atención la notable colección de dibujos en la cual Italia se halla tan dignamente representada, el gabinete de estampas, la galería de cuadros y la sección

de medallas. El British Museum se enorgullece con razón de su *jarrón Portland*, jarrón único en su clase, tesoro intasable, compuesto en pasta de vidrio, hallado en una cámara sepulcral poco distante del

llan las salas de lectura, en las cuales los lectores están instalados convenientemente y hallan á su disposición todo lo que han de menester, plumas, tinta, etc. Las colecciones de objetos de arte llenan el entresuelo del ala izquierda occidental. Los objetos más importantes están enumerados en varias obras, entre los cuales citaremos: *Ancient marbles of the collections of ancient Terracotta in the British Museum*.

En dos de las salas externas de esta parte del edificio se distinguen, en medio de los monumentos del arte griego, los mármoles de Elgin, adquiridos por Inglaterra desde 1801; los *monumentos licenses* cedidos por Sir James Fellows; la tumba de Harpies y los mármoles de Xanthus, ya citados, del más puro y noble estilo. Los salones interiores encierran la galería de Cownley al Oeste, y los monumentos egipcios de Alejandría, arrebatados en su mayor parte á los franceses por Nelson. Se notan entre estas antigüedades de incalculable valor la célebre inscripción de Rosette y el papyrus de Sallier. (Consúltese *Select papyrus in the hieratic character from the collections of the British Museum. Londres, 1842.*) Al lado de la sala que encierra estas riquezas enviadas por los sabios, se hallan los bronce, las tierras cocidas, las medallas antiguas, orientales y modernas, en cantidades enormes, procedentes de los gabinetes de Sloane, Cotton, Jorge IV, Cracherode, Knit Lady Banks, Marsden. Respecto á las colecciones de historia natural, ocupan los pisos superiores; la zoológica llena cinco salas y la mineralógica, clasificada por Berzelius, sesenta armarios.

En 1885 se añadieron á la sala de la galería de estampas dos salas de estudio; y en 1886 se sacó el museo Zoológico de las galerías del ala occidental que antes ocupaban y en las cuales se admiran actualmente una magnífica colección de objetos de arte orientales, las colecciones etnográficas y la famosa colección prehistórica legada á la nación británica por Christy en 1865.

* *

El público puede visitar el British Museum los lunes, miércoles y viernes, de diez á cuatro en invierno y de diez á siete en verano. Los hombres de estudios pueden entrar todos los días á las salas de nueve á seis. El museo queda cerrado desde

el 1.º hasta el 7 de enero, del 1.º hasta el 7 de mayo y del 1.º hasta el 7 de septiembre, así como los días festivos. Los ingresos del British Museum, sin la dotación del Estado, ascienden por término medio á 60.000 libras esterlinas por año; los gastos de conservación y administración á 50.000 libras, cuya mitad casi es para la administración; el sobrante destínase á restauraciones, reparaciones, armarios, otros trabajos y encuadernaciones de libros. Las adquisiciones suben á 200.000 libras, ó sea la dotación del Estado. El número de los visitantes puede calcularse en dos millones aproximadamente por año.

El British Museum hace algunos años comenzó á formar é imprimir el catálogo de los innumerables libros que contiene, publicando unos quince tomos del mismo anualmente. Para dar una idea de las increíbles proporciones en que el British Museum aumenta diariamente sus tesoros, bastará decir que ha habido año en el cual se ha enriquecido con más de 30.000 volúmenes, la mitad por compra y el resto por donación ó en calidad de depósito: todos los libros que en el museo ingresan son inmediatamente marcados y catalogados. Ocioso es añadir que entre los tales libros hay muchos raros, que son verdaderas joyas bibliográficas. Y en la misma proporción aumentan continuamente las colecciones de mapas, estampas, grabados, etc. En medio de tan numerosas y variadas adquisiciones realizase sin descanso el colosal trabajo que supone la clasificación y numeración de cada objeto y su descripción en los respectivos catálogos especiales que se llevan al día.

POMPEYO GENER.



Estatua colosal de Mausoleo, existente en el Museo Británico

camino de Roma á Frascati, y el cual llevó por largo tiempo el nombre de la familia que lo poseyó por vez primera, la familia Barberini. Sus bronce, sus jarrones y sus barro cocidos están colocados con sumo gusto; las antigüedades etruscas, griegas y romanas, los marfiles, los esmaltes, las cerámicas de Italia, los cristales de Venecia, cuentan con piezas muy notables que sería prolijo describir.

Los manuscritos, los libros y las colecciones arqueológicas ocupan el entresuelo del Museo. Los manuscritos, que ascendían ya en 1848 á treinta y un mil, están colocados á la derecha en el ala oriental. Un catálogo sistemático ha sido redactado en parte por el Sr. de J. Forshall y por el orientalista Rosen bajo el siguiente título: *Catalogus codicum manuseriptorum orientalium qui in British Museum asservantur*. La primera y la segunda parte de este catálogo comprenden los manuscritos sirios, así como una parte de los manuscritos árabes. Los manuscritos de Burney han sido asimismo catalogados en el *Catalogue of manuscripts in the British Museum new series*. La biblioteca viene después de los manuscritos. El legado de Grenville cuenta 20.240 volúmenes; el legado de Jorge III, 80.000; el de José Banks, 16.000; el de Sloane, 50.000 volúmenes. Estos, como ya queda dicho más arriba, han compuesto los primeros materiales de esta extensa colección, que hoy enumera más de 1.300.000 volúmenes. En 1851 contábase ya 460.000 volúmenes. (V. PANIZZI. *British Museum: A Short guide to that portion of the library of printed book now open to the public.*) A la extremidad oriental y en una parte del cuerpo del edificio Norte, se ha-



EN VENEZIA EN EL SIGLO XV, cuadro de Santiago Wagrez. (Salón de la Sociedad de Artistas franceses. 1903)



AZUCENAS, cuadro de F. Wobring

EL ARPA CROMÁTICA SIN PEDALES

El director de la notable revista musical parisiense «Musica,» deseoso de comunicar á los lectores de la misma algunos detalles sobre el arpa cromática, instrumento de reciente invención que ha poco ha sido admitido oficialmente en el Conservatorio Nacional de Música de París, dirigióse á la profesora de la nueva clase creada por el Ministro de Instrucción Pública y de Bellas Artes de Francia, Mme. Tassu-Spencer, la cual le ha contestado con la siguiente carta:

«Señor Director: antes de explicar á usted cómo he llegado á ser una ardiente partidaria del arpa cromática sin pedales, permítame que le dé las gracias por haberse dirigido á la profesora de la nueva clase de arpa á fin de dar á sus lectores algunos detalles sobre el instrumento cuya enseñanza acaba de ser oficialmente admitida en el Conservatorio de Música de París.

»Después de haber obtenido un primer premio en la clase de mi excelente maestro M. Hasselmans, esforcéme en completar el repertorio asaz especial del arpa con pedales, añadiendo á él el estudio de las obras de nuestros grandes clásicos y de nuestros maestros modernos. Algunas veces logré mi propósito, pero con harta frecuencia obligáronme á desistir de mis proyectos las dificultades de ejecución, hijas del mecanismo del instrumento. Ardía yo en deseos de que un perfeccionamiento introducido en el arpa permitiera vencer estos obstáculos puramente materiales, cuando M. Gustavo Lyon, director de la casa Pleyel, me hizo conocer la nueva arpa que acababa de construir.

»Desde el primer momento sorprendíronme la ingeniosidad y la sencillez resultantes de la supresión de todo mecanismo, y para confirmar mi primera opinión, resolví consagrarme al estudio del instrumento; y en poco tiempo adquirí la certeza de que el arpa sin pedales era el arpa del porvenir.

»Con ella, el ejecutante no se halla obsesionado por la preocupación de los cambios de pedal necesarios para cada modulación; como consta de tantas cuerdas como notas, el instrumento se ajusta perfectamente á la técnica lógica del teclado y lo hace absolutamente cromático; de donde la posibilidad de ejecutar, fuera del repertorio limitadísimo hasta ahora del arpa, casi todas las obras escritas para piano.

»Otra ventaja de la supresión de los pedales es la estabilidad del acorde, de modo que en lo sucesivo no veremos, como sucede siempre con el arpa de pedales, que los artistas hayan de echar mano del templador para afinar, aun en medio de una pieza, alguna cuerda.

»He tenido el gusto de hacer oír la nueva arpa en Francia y en el extranjero, y en todas partes ha sido acogida del modo más lisonjero. ¿No es esta una prueba de la superioridad de un instrumento cuyo éxito he sido la primera en predecir?

»En el concurso de admisión que acaba de celebrarse en el Conservatorio Nacional de Música, tuvé el gusto de ver que se habían matriculado 15 alumnos, y los 10 discípulos designados por el Jurado para entrar en mi clase sabrán demostrar indudablemente, en el concurso público que cerrará el curso, las innegables cualidades del arpa cromática sin pedales.

»Dígnese admitir, señor Director, el testimonio de mi consideración distinguida.

»T. TASSU-SPENCER.»

más diversos países que con sus trajes exóticos formaban notas de color brillantísimo; el que, pensando y sintiendo todo esto, recorra la actual Venecia, hallará en ella tales atractivos que jamás verá borradas las impresiones que recorriéndola ex-

en aquellos países: como pueden ver nuestros lectores, no se trata de una escultura vulgar, adocenada, sino de una obra perteneciente al arte serio, al único que puede encauzar el gusto de las multitudes, desviándolas de todo cuanto pudiera pervertirle y haciéndoles comprender y sentir la verdadera emoción estética.



MME. TASSU-SPENCER, profesora de arpa cromática, sin pedales, nuevo instrumento para el que se ha creado una cátedra especial en el Conservatorio Nacional de Música de París (de fotografía de Reutlinger)

MISCELANEA

Bellas Artes.—BARCELONA.—Salón París.—Han expuesto durante la última semana en este Salón: Domenge, el notable paisista oletense, una colección de hermosos paisajes, tan poéticos en su concepción como sólidos en su factura; Opiso, varios dibujos de costumbres y tipos barceloneses que demuestran la percepción justa que de la vida local contemporánea posee el autor, así como el dominio que tiene de la técnica modernista; Junyer, varias vistas de Mallorca que reproducen admirablemente las intensidades de color de los paisajes de aquella isla; Valhonrat, un grupo de retratos llenos de expresión y de verdad, y Torné Esquius algunas testas femeninas ejecutadas con gran acierto.

Círculo Artístico de San Lucas.—Torres García ha expuesto una notable colección de paisajes que representan bosques de carácter un tanto arcaico y jardines del estilo de principios del pasado siglo; é Ivo Pascual una serie de estudios de paisaje que patentizan el talento con que sabe interpretar los más variados aspectos de la naturaleza.

BERLÍN.—El emperador de Alemania ha regalado al Museo de los Hohenzollern, instalado en el palacio de Monbijou de Berlín, una rica colección de objetos artísticos de cuero con aplicaciones de oro, que son los estuches de las insignias de la corona de 1700; otra colección de diademas, collares y otras joyas de la reina Isabel de Prusia, y treinta hermosas tabaqueras de Federico el Grande.

Teatros.—Barcelona.—Se han estrenado con buen éxito: en Romea *Paraula de rey*, comedia en tres actos de D. Ramón Bordas; y en el Eldorado *Los chicos de la escuela*, zarzuela en un acto y tres cuadros de los Sres. Arniches y Jacson Veyan, música de los maestros Valverde (hijo) y Torregrossa.

París.—Se han estrenado con buen éxito: en el teatro Víctor Hugo *Le droits des vierges*, comedia dramática en tres actos de Pablo Jacinto Loyson; y en el Palais Royal *Les dragées d'Hercule*, comedia en tres actos de Pablo Bilhaud y Mauricio Hannequin.

perimentara. Y si el visitante es un artista, la intensidad de estas impresiones subirá de punto y le permitirá reconstituir en la tela escenas que, como la del notable cuadro de Wagnez, que tan justamente celebrado fué en París en el último Salón de la Sociedad de Artistas franceses, nos transportan á la Venecia de otros tiempos, la Venecia rica, esplendorosa, potente, poética.

Azucenas, cuadro de F. Wobring.—Goza fama este artista en Berlín, de donde es hijo y en donde vive, de ser uno de los que mejor reproducen en la tela las bellezas femeninas, pintando con igual acierto los más diversos tipos de mujeres, así los que suelen calificarse de vaporosos, ideales, de blondos cabellos, blanca tez y azules ojos de expresión dulcísima, como aquellos otros de rostro moreno, de negros y ondulados cabellos y de oscuros ojos de ardiente mirada. En los primeros, su lápiz traza suaves contornos y su pincel combina en la paleta colores delicados; en los segundos todo es energía, así en la línea como el color; los unos tienen el encanto de una poesía tranquila, de un idilio, de un madrigal; los otros todo el fuego de un alma ardorosa, todo el vigor de lo épico, de lo trágico. La figura que en el cuadro *Azucenas* nos ofrece pertenece á este segundo grupo y justifica plenamente lo que dejamos dicho: esa mujer, impulsada por sus pasiones ha de ser forzosamente grande, lo mismo en su amor que en su odio; por el amor es capaz de llegar hasta el heroísmo, por el odio acaso no retrocedería ante el crimen.

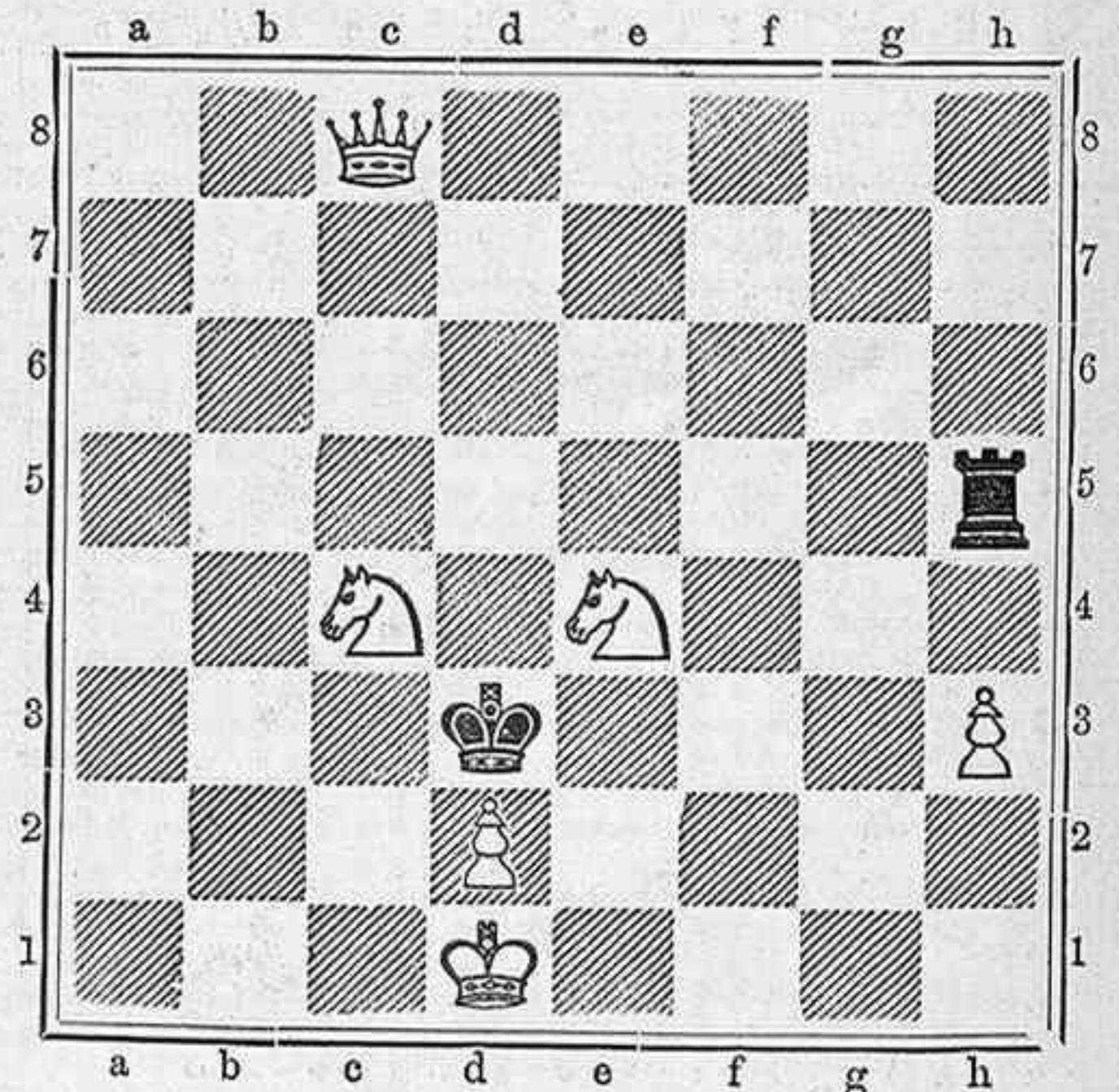
Grupo para una fuente, obra de José Heu.—Desde los tiempos más antiguos, uno de los signos característicos de la civilización de un pueblo ha sido su amor á las bellas artes, pero el amor que consiste no en encerrar los tesoros artísticos reservándolos únicamente para los escogidos, sino en popularizarlos, en ostentarlos en sitios públicos para que el vulgo se familiarice con ellos y se eduque, de este modo, insensiblemente en el culto de la belleza, que no deja también de ser un medio para que se eduque indirectamente en el conocimiento y en la práctica de la verdad y de la bondad. Entre las naciones modernas, las que más han contribuido de esta manera á la difusión del arte son sin ninguna duda Alemania y Austria, en cuyas principales ciudades, y hasta en las poblaciones de escasa importancia, abundan los monumentos de todas clases debidos á los escultores y arquitectos más notables, y en donde de continuo se anuncian concursos para la ejecución, sobre todo de fuentes monumentales. El grupo que en la última página de este número publicamos, debido al escultor vienés José Heu, es una prueba del criterio que en esta clase de trabajos preside

Desde los tiempos más antiguos, uno de los signos característicos de la civilización de un pueblo ha sido su amor á las bellas artes, pero el amor que consiste no en encerrar los tesoros artísticos reservándolos únicamente para los escogidos, sino en popularizarlos, en ostentarlos en sitios públicos para que el vulgo se familiarice con ellos y se eduque, de este modo, insensiblemente en el culto de la belleza, que no deja también de ser un medio para que se eduque indirectamente en el conocimiento y en la práctica de la verdad y de la bondad. Entre las naciones modernas, las que más han contribuido de esta manera á la difusión del arte son sin ninguna duda Alemania y Austria, en cuyas principales ciudades, y hasta en las poblaciones de escasa importancia, abundan los monumentos de todas clases debidos á los escultores y arquitectos más notables, y en donde de continuo se anuncian concursos para la ejecución, sobre todo de fuentes monumentales. El grupo que en la última página de este número publicamos, debido al escultor vienés José Heu, es una prueba del criterio que en esta clase de trabajos preside

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 351, POR J. DOBRUSKY.

NEGRAS (2 piezas)



BLANCAS (6 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 350, POR S. LOYD.

- | | |
|----------------|--------------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. e2-e3 | 1. A juega (jaque) |
| 2. Rg2-h3 | 2. Cualquiera. |
| 3. C ó D mate. | |

VARIANTES.

- 1.... Ta2-a3; Rg2xh2, etc.
 1.... Ta2-a1; Rg2-h3, etc.
 1.... Ch2-f3; Rg2xf3, etc.
 1.... Ch2-f1; Rg2-h3, etc.
 1.... Otra jugada; Rg2-h3, etc.

NUESTROS GRABADOS

S. S. el papa Pío X.—Oportunamente publicamos la biografía del sabio y virtuoso pontífice que por muerte del preclaro León XIII ha pasado á ocupar la Silla de San Pedro. En el corto tiempo que lleva de pontificado, sus actos van justificando las cualidades que al ser elevado al solio pontificio se señalaban como características del que hasta entonces fué cardenal José Sarto y que pueden sintetizarse en estos términos: inteligencia clara, voluntad firme, bondad suma. En el retrato que reproducimos y que ha sido hecho recientemente, el rostro de Pío X refleja por modo admirable estas dotes de su alma y de su inteligencia: su espaciosa frente, su bien conformado cráneo, revelan un cerebro bien organizado y equilibrado; su mirada profunda y escrutadora y la forma de sus labios, tienen toda la expresión que comunican á las facciones la energía, la firmeza de carácter; y en todo su semblante se advierte ese aire bondadoso que le conquistó en Venecia la adoración de todos sus diocesanos y le conquista hoy, en el más alto puesto de la Iglesia, las simpatías de cuantos tienen la honra de ser por él recibidos.

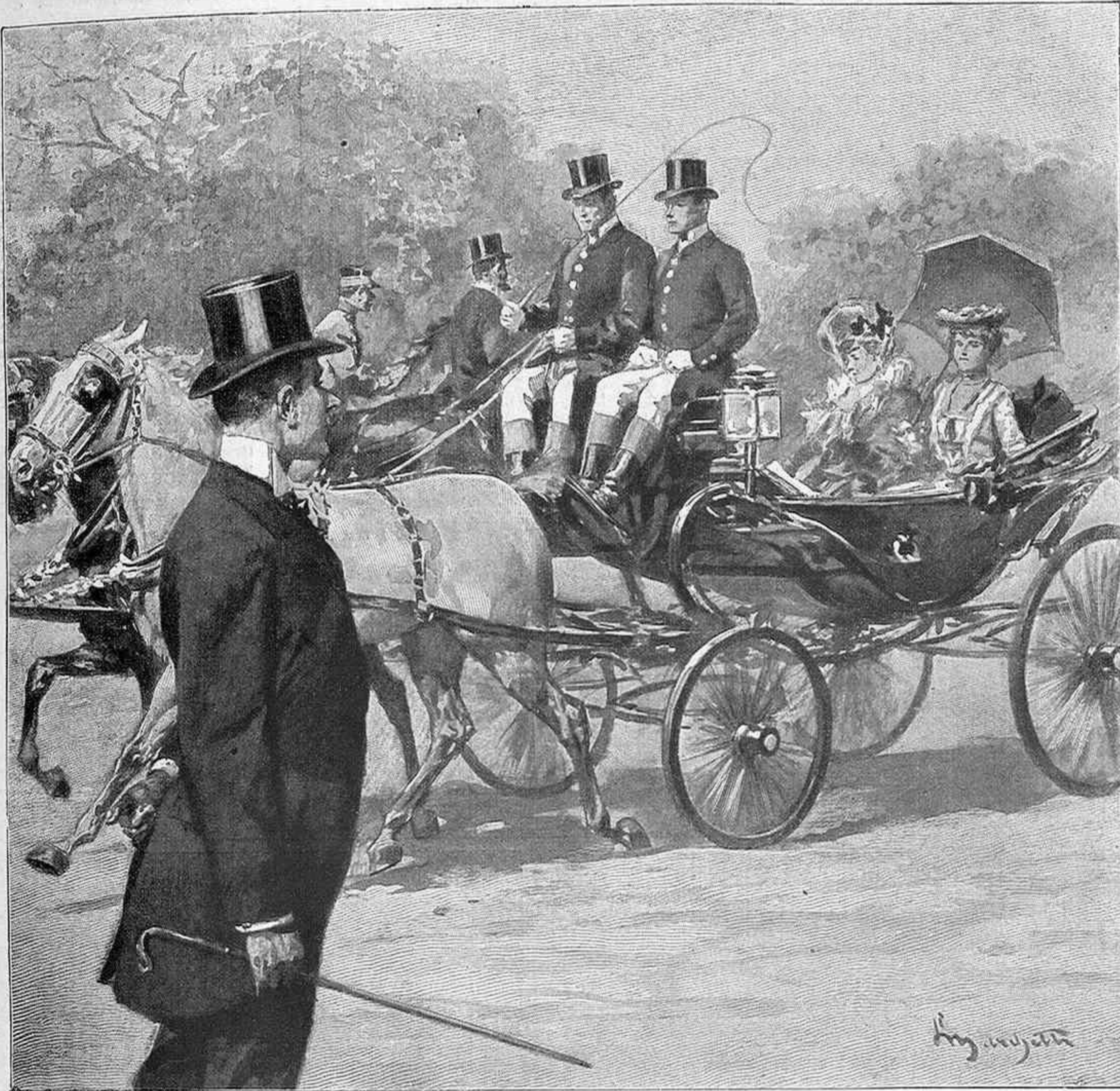
En Venecia en el siglo XV, cuadro de Santiago Wagnez.—Quien visite la interesante ciudad de las lagunas sin llevar en su mente algo de los recuerdos de su historia y en su alma algo de la poesía que de su pasado se emana, difícilmente podrá apreciar todas las bellezas que atesora; y aun pudiera darse el caso de que se lamentara de la suciedad de sus edificios y de sus canales y del ambiente de tristeza que en toda la población se respira. En cambio, el que con la imaginación haga revivir á los antiguos habitantes de aquellos palacios; el que con los ojos de la fantasía vea reproducidas las fiestas que en ellos se celebraron y los dramas que allí ocurrieron, y repueble los canales con las suntuosas góndolas que fueron mudos testigos de tantos idilios y de crímenes tantos; el que reconstituya con el pensamiento los pintorescos espectáculos de la plaza de San Marcos, en donde se congregaban gentes de los

LA CONQUISTA

NOVELA ORIGINAL DE MAY ARMAND-BLANC. - ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Joven, ardiente, sin preocupaciones materiales, dejando detrás la seguridad de infinitas ternuras—puerto tranquilo y seguro que esperaba su regreso—mado á la realidad de las cosas por un amable y gracioso saludo que venía de uno de aquellos carruajes y que llegaba á él como un ligero vientecillo.



Aquel coche estaba ocupado por dos mujeres |

y acompañado de vivas satisfacciones de amor propio, Remigio entraba en la vida al mismo paso ligero, rápido y firme con que se encaminaba hacia el horizonte, conocido y próximo, del bosque...

Mientras andaba, iba proyectando el itinerario de su viaje. En primer lugar visitaría el Tirol y Alemania, por la que no había hecho más que pasar con sus padres unos cuantos años antes. Después, en el otoño, iría á Italia. ¿Cuánto tiempo permanecería allí? No lo sabía. No ignoraba, sin embargo, que á principios de invierno, en el momento en que el pueblo del trabajo y de la inteligencia reanuda sus tareas y sus luchas, París le llamaría y se volvería á apoderar de él... Porque Remigio pertenecía ya á aquella ciudad potente, terrible y deliciosa, y era uno de sus hijos, que todo lo esperan de su fuerza, de su gusto y de su capricho. El joven pretendía que entre la masa enorme de nombres de sus tres millones y medio de habitantes, París distinguiese las dos sílabas de su apellido y las fijase en las plazas públicas como las estrellas que iluminan las noches de bruma... ¡Cuántos héroes románticos habían recorrido antes que él todo París con sueños y palabras de conquistadores! Muchos, sin duda, habían mordido el polvo y dormían debajo de tierra un sueño ignorado, como su corta vida de ilusoria ambición; pero otros habían logrado su objeto, y Remigio, trémulo de emoción, pensaba:

—¿Por qué no he de ser yo como éstos?

Remigio había llegado al Bosque. En aquella hora, todavía temprana, se cruzaban escasos coches por los paseos, húmedos por el riego, y todos se dirigían, cargados de niños y de amas de cría, hacia el prado Catalán ó hacia la Puerta de Madrid.

Nuestro joven, para quien no existía en aquel momento el mundo exterior, se sintió, sin embargo, lla-

Aquel coche estaba ocupado por dos mujeres: la una empenachada y como enterrada en rizados de tul y en un velo de encaje; la otra, por el contrario, ostentando una cara fresca como una flor, una hermosa cabellera rubia y un sombrero color de rosa. El coche estaba ya lejos, arrastrado al trote largo por dos magníficos caballos, cuando Remigio exclamó casi en alta voz:

—¡Colette!

Sí, Colette, á la que no había visto hacía mucho tiempo y á la que debía confesar que había olvidado por completo.

Como una aparición graciosa y fugitiva, Colette se había atravesado dos veces en su vida, y esas dos veces—sus recuerdos lo atestiguaban—Remigio la había amado.

¡Amado! El joven no pudo menos de sonreír. ¡Le parecía aquello tan lejano y tan infantil!.. Seguramente, no hubiera conocido á Colette si ella no le hubiese llamado la atención al pasar.

Entonces Remigio precisó la rápida aparición de aquel coche lujosamente enganchado, de aquella señora de elegancia excesiva y de aquella joven encantadora.

Una verdadera muñeca, pensó; pero aquella muñeca había mostrado en otro tiempo un corazón de oro; en la aurora de su adolescencia le había mirado con tiernos ojos, y el joven recordaba la ley que Colette le apuntó en una noche de efímera realeza: «Quiero que todo el mundo se ame y sea dichoso.»

Remigio había sabido entonces por Valentina que Colette no era feliz en el seno de su sociedad, pues no pertenecía á aquella raza ávida de placeres, de ruido y de dinero. Pero ya debía de serlo y de estar enteramente identificada con su gente. Sus débiles instintos naturales habrían desaparecido hacía mucho

tiempo, y seguramente tenía ya el alma que aparentaba, esto es, seductora, brillante é inútil.

Remigio suspiró. ¿Por qué? ¿Qué le importaba la suerte de aquella niña completamente extraña á él por sus costumbres, por sus relaciones y por sus gustos?

Sin embargo, distraído un instante por aquel encuentro del pensamiento de su propio porvenir, Remigio sintió una especie de melancolía, casi de pena, como si hubiera exclamado «¡Qué lástima!» ante una cosa muy bella estúpidamente destruída.

* * *

Aquella misma noche leyó Remigio en un periódico muy bien informado de los asuntos del gran mundo:

«Se anuncia el próximo matrimonio de la señorita Colette Allire, hija única del conocido banquero de ese nombre, con el conde Huberto de Sirlac. Anoche se verificó en los suntuosos salones del hotel que hizo edificar el año pasado el Sr. Allire en la avenida del Bosque, una brillante reunión para festejar ese proyecto de boda, que supone una nueva alianza de un nombre de la alta banca con una de las más grandes casas de la aristocracia francesa. Sabido es que el conde de Sirlac ocupó un asiento en la Cámara como miembro de la derecha legitimista y que sus discursos se hicieron célebres.»

Remigio se echó á reír al leer aquel suelto tan incorrecto como presuntuoso en el que estaban comprendidos todos los pequeños reclamos de la vanidad, y al dar el periódico á su padre se burló de aquella prosa con cierta acritud. Valentina se le quedó mirando.

El joven no observó aquella mirada y contó su encuentro de por la mañana. Después dijo tiernamente, volviéndose hacia su madre con cierta expresión de desafío, como si hubiera querido burlarse de sí mismo:

—Ya lo ves, mamá; tu pequeña Colette es como las demás, una muñeca entre todos esos «Juan de las Viñas.» Estoy seguro de que sigue teniendo aquel miedo del «pueblo» que mostraba tan cándidamente hace años.

—¡Pobre muchacha!, dijo Valentina. Créeme, hijo mío; su corazón valdrá siempre más que su vida. Había en ella dos cosas que no engañan ni se acaban: el calor sentimental y la sinceridad del pensamiento, lo bastante para hacer sufrir á la que era ya capaz de sufrimiento á los diez años...

Remigio escuchaba y sentía convertirse su brusca acrimonia en una lástima que no carecía de dulzura. Juan Donald no dijo nada, pero habló después de aquel asunto con su mujer.

—Puede que tengas razón, le dijo; esa niña, á la que todos hemos querido, era y es, acaso, todavía, más interesante que muchas. Pero no importa; celebremos mucho que las circunstancias no hayan favorecido nuestras relaciones con los Allire. Acuérdate de cómo seducía á Remigio la tal Colette, que tenía, lo confieso, todo lo necesario para ello. Pero confesemos también que hubiera sido una gran desdicha el que nuestro hijo se hubiese enamorado seriamente. Nada común podía aproximarlos, fuera de un atractivo apasionado ó sentimental. Sin contar la profunda diferencia de sociedad, de educación y de costumbres, había la de fortunas, que es un obstáculo insuperable. Figúrate, añadió sonriendo, la cara del buen Allire, que destinaba á su hija una corona de oro—no sé si muy puro—al oír que Remigio le respondía, después de haber pedido la mano de Colette: «Señor Allire, mi padre no puede asegurarme más que una modesta renta de doce mil francos; pero tengo mi pluma y mis pinceles y pienso ser célebre un día. Entonces seré rico.» Piensa en los guiños de ojos del suegro calculando la fecha de ese día lejano... No, no; aun admitiendo, como en una novela, que hubiera consentido, no es una mujer educada como Colette lo que hace falta á un hombre como Remigio. Las cosas están, pues, muy bien así, querida mía. Remigio ha mirado esta noche esos románticos recuerdos como se mira á las flores secas y olvidadas largo tiempo entre las páginas de un libro. Esas flores están convertidas en polvo, y ya el viento de la vida

las reduce á la nada... Ya le encontraremos una compañera que se parezca á ti.

Donald dijo aquella frase con acento de adoración. Once años de unión no habían disminuído á sus ojos la belleza exterior de Valentina, que fué lo que Juan amó en ella, antes de amar mucho y para siempre la belleza interior de su alma.

—Y por otra parte, añadió, tenemos tiempo para pensar en todo esto. Remigio está en este momento absorbido por su trabajo cerebral y su imaginación llena su universo. El corazón no perderá nada por eso más adelante. Dejémosle establecer su existencia y su porvenir, en pensamiento al menos. Así no será tan de temer una fiebre fugitiva que él pudiera creer durable...

Tres semanas después, emprendió Remigio su viaje. Como el joven conocía algunos periodistas y su partida coincidió con la de una de las celebridades teatrales, se habló del viaje de Remigio Donald en un periódico, que cayó en manos de Colette. En aquel suelto se recordaban sus recientes éxitos en la exposición de pinturas y la admisión de su comedia en el teatro, todo lo cual constituía, en suma, un amable «bombo» administrado por un buen amigo á la vanidad del joven autor. Pero la noticia tomó á los ojos de Colette un interés particular; primero por los recuerdos de intimidad infantil con el «joven autor» de que se trataba, y después porque todo lo que pertenecía á aquel mundo artístico, literario y vibrante que ella no había hecho más que entrever, le parecía lleno de un misterioso atractivo.

Después de un corto rato de reflexiones, Colette suspiró. ¡Qué lejos estaban ya el uno del otro!

La joven tuvo intención—inocente pretexto de su verdadero deseo—de escribir dos letras á

la señora de Donald para felicitarla por los éxitos de Remigio; pero no se atrevió, y su vida habitual se volvió á apoderar de ella por entero.

IV

NAUFRAGIO

Colette esperaba con paciencia que se fijase la fecha de su matrimonio, muy próximo de todos modos, pues debía verificarse á fin de la estación y corría ya el mes de mayo.

Su vida estaba enteramente ocupada por los preparativos de la boda. Toda la existencia de su madrastra, y hacía algún tiempo también la suya, estaban encarnadas en esos cuidados: pruebas de trajes, elección de telas y de alhajas, discusiones sobre los menores detalles de la ropa blanca y del mueblaje. A pesar de esa costumbre, Colette se sentía cansada y hasta se asombraba ingenuamente al ver cuántas cosas eran necesarias, indispensables, para una joven pareja. «La joven pareja», no oía decir más que esto, y era ella la que iba á formarla con Huberto de Sirlac... Ocurría frecuentemente en aquella época que la joven caía en profundas meditaciones, aunque forzo-

samente cortas, pues casi nunca estaba sola. Por otra parte, lo prefería así entonces; el reflexionar le hubiera resultado desagradable y quería mejor aquel movimiento de torbellino.

A los veinte años había ya rechazado media docena de pretendientes «de alto coturno,» como decía

mente natural ante su prometido, para que no le reprochase después el haber ocultado sus verdaderas inclinaciones. Pero cuando trataba de mantener con él conversaciones formales y serias, Huberto respondía sonriendo:

—¿Leer? Sin duda. Tenemos una biblioteca sin rival, me atrevo á decirlo, pero supongo que no es usted de las que se casan para poder leerlo todo...

—No, no me ha comprendido usted, exclamaba Colette.

Otras veces decía el novio:

—¿El campo?.. Ya verá usted qué hermoso es Sirlac en la estación de la caza. Es muy alegre. Muchísima gente... Se baila todas las noches; pero nos levantamos, sin embargo, con el alba, y á caballo... Eso sí, después de almorzar se duerme la siesta y se descansa... Tiene usted razón; no hay nada tan tranquilo como el campo en esas condiciones.

Colette pensaba humildemente que no sabía hacerse entender, por explicarse mal, sin duda.

Cuando el conde se marchaba, la de Allire echaba á Colette fuertes reprimendas.

—¿Estás loca, con tus aires de seriedad? ¿Quieres poner una cara más graciosa y más amable?..

—¡Ah! ¡Estoy cansada de sonreír siempre!, exclamó un día Colette al salir del salón.

Y la de Allire se quedó asombrada. Al fin, á Dios gracias, iba á salir de aquella muchacha que se empeñaba en mirar la vida con la misma extravagancia que mostraba de niña ante las variadas distracciones que se le ofrecían.

La exclamación de Colette había sido muy sincera. Le parecía que estaba representando eternamente un papel en un escenario cuyas decoraciones eran siempre las mismas y en una comedia que era, sin duda, muy interesante para los demás, puesto que todos la hacían el objeto único de su vida, pero

que á ella, por su parte, no le gustaba sino muy medianamente. Su instinto y su sencillez natural se sublevaban contra esa eterna y fastidiosa representación. Pero como no veía medio alguno de substraerse á ella, Colette llegó á pensar que era una excepción anormal, una «rara,» como decía su madrastra, y que su actitud era desagradable y hasta chocante en una joven.

Desde aquel momento, pues, se aplicó sinceramente á llegar á ser como las demás y á estudiar á las muchachas que la rodeaban, y llegó á admirar en ellas aquella ligereza descuidada que les daba un aspecto deliciosamente pueril y una gracia frívola de pájaro. ¡Qué felices debían de ser! Colette hubiera querido ardientemente no reflexionar más, tomar la vida hora por hora tal como se desarrollaba, y pasarla en movimientos casi mecánicos; levantarse, contestar á las invitaciones, salir, elegir objetos preciosos, ver cien personas indiferentes y cambiar con ellas siempre las mismas frases estereotipadas de saludo y de despedida, vestirse y desnudarse, recibir, hacerse ver en el teatro, en el baile, en el concierto, responder á los cumplimientos, á las adulaciones, al amor mismo, pues la corte que le hacía su prometido debía ser para ella el amor, y en fin, realizar todos



Las flores blancas brillaban como una dulce luz en la habitación

su madrastra; pero Colette comprendía que le era ya imposible decir «no» á la petición del conde de Sirlac. Su padre había hasta entonces admitido sus negativas, pero no su madrastra, que le guardaba un rencor terrible por «sus manías románticas.»

Además, aun sin tener en cuenta el nombre de Sirlac, cuyo prestigio excedía á las esperanzas ambiciosas de Allire, ni la fortuna del conde, menos importante, acaso, que la de Colette, pero muy considerable, Huberto era un muchacho encantador.

Tenía veintisiete años y era alto y de elegante figura. Su cara, más que agradable, era acaso demasiado plácida, por efecto, sin duda, de la regularidad de sus facciones. Incomparable en el vals, excelente jinete, buen músico con una voz de barítono que manejaba con bastante talento, y en fin, de una conversación viva y animada, ¿cómo motivar razonablemente una negativa? Después de todo, puesto que había de casarse en un plazo breve, lo mismo le daba aquel que otro cualquiera de los que conocía. Es verdad que nunca hubiera pensado particularmente en él, pero no le disgustaba en absoluto y tenía esperanza de infundirle sus aficiones á la tranquilidad, á la lectura y al campo, que había tenido que sacrificar hasta entonces. Colette se esforzaba por aparecer entera-

esos aspectos invariables de su vida sin preguntarse nunca, como lo hacía con frecuencia: «¿Por qué todo esto? ¿con qué objeto?» preguntas á las que nunca sabía qué respuesta dar.

Y sin embargo, aquellas interrogaciones mudas de su corazón eran cada día más apremiantes. Colette sufría al mentirse á sí misma y al ver que pronto iba á comprometer definitivamente su vida en aquel camino; pero le daba más pena todavía el pensar que fuera de aquel engranaje, por mucho que le disgustase, no conocía nada de la existencia ni sabría qué hacer.

Aquella franqueza consigo misma la ponía en un estado agudo de mal-estar que casi llegaba á ser físico.

Sin embargo, su mucha costumbre de estar en sociedad y su gracia natural le permitían ocultar bastante bien aquella inquietud á sus amigos y á su prometido, y todos creían que era una muchacha feliz y que miraba con satisfacción su próximo casamiento.

Había resuelto no intentar ninguna conversación seria con Huberto, pensando que lo haría más á sus anchas cuando fuese su marido, pues entonces se sentiría más libre, más sincera y más firme ante él. Y aquella vaga esperanza, á la que se agarraba obstinadamente, bastaba algunas veces para que su robusta juventud, se sobrepusiese á su corazón.

De este modo había ocasiones en que Colette se mostraba alegre como una niña y se abandonaba sencillamente al placer, muy natural en el fondo, de ser por el momento la reina de la casa.

En una tarde de junio, Colette acababa de volver en coche con su madrastra y de subir alegre y ligera como nunca á su habitación, donde encontró, como de costumbre, el gran ramo de flores de todos los días, acompañado esta vez de una amable esquila de Huberto, al que en todo el día no había visto.

Las flores blancas brillaban como una dulce luz en la habitación de color de rosa. Por las ventanas se veía el paseo, dorado por los rayos del sol poniente y desarrollando su torrente de elegancia y de lujo entre dos cortinajes de árboles verdes que se estremecían al soplo de la brisa; y de las praderas, recién regadas, subía una exquisita frescura mezclada con el aire tibio del verano.

Mientras Colette se dejaba desnudar por sus doncellas, sentía una especie de embriaguez ante aquel espectáculo. La sensación no era nueva para ella, pero había en aquella tarde una verdadera armonía entre la serena naturaleza y la gracia suave de todos los objetos que rodeaban á la joven. Sobre los muebles Luis XV, cincelados como joyas, se ostentaban los vestidos y los encajes traídos durante el día. Y mientras, delante del espejo del tocador, la doncella anudaba con mano experta la fina espuma de sus cabellos, Colette observó que estaba muy hermosa y que la flor de su juventud resplandeciente se destacaba de un modo armonioso sobre la frágil suntuosidad del decorado. Decididamente, Colette cedía á las dulces potencias coligadas, y pronto, acaso, se apoderaría de ella también el gusto de vivir tan sólo para su belleza y para su lujo.

La joven experimentó en vestirse un placer particular y nuevo en ella. Aquella noche debía ir con sus padres á reunirse con Huberto en una comida que daba en honor suyo uno de los miembros de su nueva familia. Cuando estuvo dispuesta, se dirigió una última mirada en el espejo y bajó á reunirse con su madrastra.

También la de Allire estaba ya vestida y de muy buen humor, porque aquella tarde la habían «arreglado» con tal arte, que á cinco pasos se asemejaba todavía mucho á la mujer joven y guapa de hacía diez años. Un poco gruesa, sin duda, y algo abultada

de caderas, pero con unos hombros y unos brazos magníficos y divinamente entallada en un precioso vestido de color de llama de gas, bordado de perlas y con una profusión de encajes y de violetas de Parma alrededor del escote.

—¿No ha vuelto todavía papá?, preguntó Colette.

—No; no sé en qué está pensando que se retarda de ese modo... Son las siete y necesitamos por lo

Pero el criado estaba esperando y la joven le dijo: —Está bien; voy á avisar á mamá, que se está vistiendo.

Colette encontró á su madrastra muy ocupada y otra vez medio desnuda.

—Una hombrera de flores que me estaba aserrando el brazo, querida; un verdadero martirio... Pero estoy pronta en seguida... Mientras se viste tu padre...

Colette explicó á su madrastra que no era su marido el que había llegado, sino un enviado suyo que quería hablar con ella.

Al repetir aquel mensaje, la joven sintió una ligera angustia, pues se daba cuenta de lo extraño del caso.

Pero su madrastra, muy ocupada con su charretera, que dos doncellas estaban arreglando á toda prisa, se limitó á decir:

—Tu padre es insostenible con sus eternos recados y contratiempos. En fin, recíbele tú; ya veo que á mí me es imposible.

Colette obedeció y bajó al salón, donde encontró, en pie y muy grave, un caballero al que no conocía. La joven creyó que aquel hombre había hecho, al verla, un movimiento de contrariedad y de embarazo; pero la doble luz del crepúsculo pálido y dorado y de la electricidad que se acababa de encender, formaba una claridad mixta y extraña.

El desconocido dijo: —Ruego á usted que me dispense, señora..., señorita...

—Soy la hija del señor

Allire, caballero, y mi madre me envía en su lugar, pues se está vistiendo. Estamos, precisamente, esperando á papá para ir á una comida y...

Colette mostró una sonrisa un poco extrañada, pero de exquisita gracia, é invitó al desconocido á sentarse.

—Acabo de ver á su papá de usted, dijo aquel hombre, y me ha rogado que...

—¿No puede venir con nosotras? Estaba segura... Alguna cita..., algún negocio urgente...

Colette se calló, sin atreverse á añadir: «¿Por qué le ha enviado á usted en lugar de un telegrama para explicárnoslo?..» Aquel señor tenía un aspecto muy distinguido, á pesar de su timidez.

—Un negocio..., sí, señorita; y yo debía haber hablado con la señora de Allire..., pero como está, según dice usted..., y yo tengo prisa..., así como usted, sin duda...

Colette se inclinó sonriendo, á pesar de la vaga angustia que se iba apoderando de ella.

En aquel momento se oyó el ruido de otro coche y la joven miró hacia la ventana, preguntándose quién podría ser todavía. Pero al fijar los ojos en su interlocutor vió con sorpresa que estaba muy pálido y que había hecho un movimiento como para levantarse. Entonces se levantó ella también, sin reflexionar. Le parecía oír un vago rumor en el patio.

—¡No!.. ¡No!, exclamó el mensajero al verla acercarse á la ventana. ¡No mire usted, se lo ruego!..

—¡Ah!, exclamó Colette, mi padre... ¡Es él!..

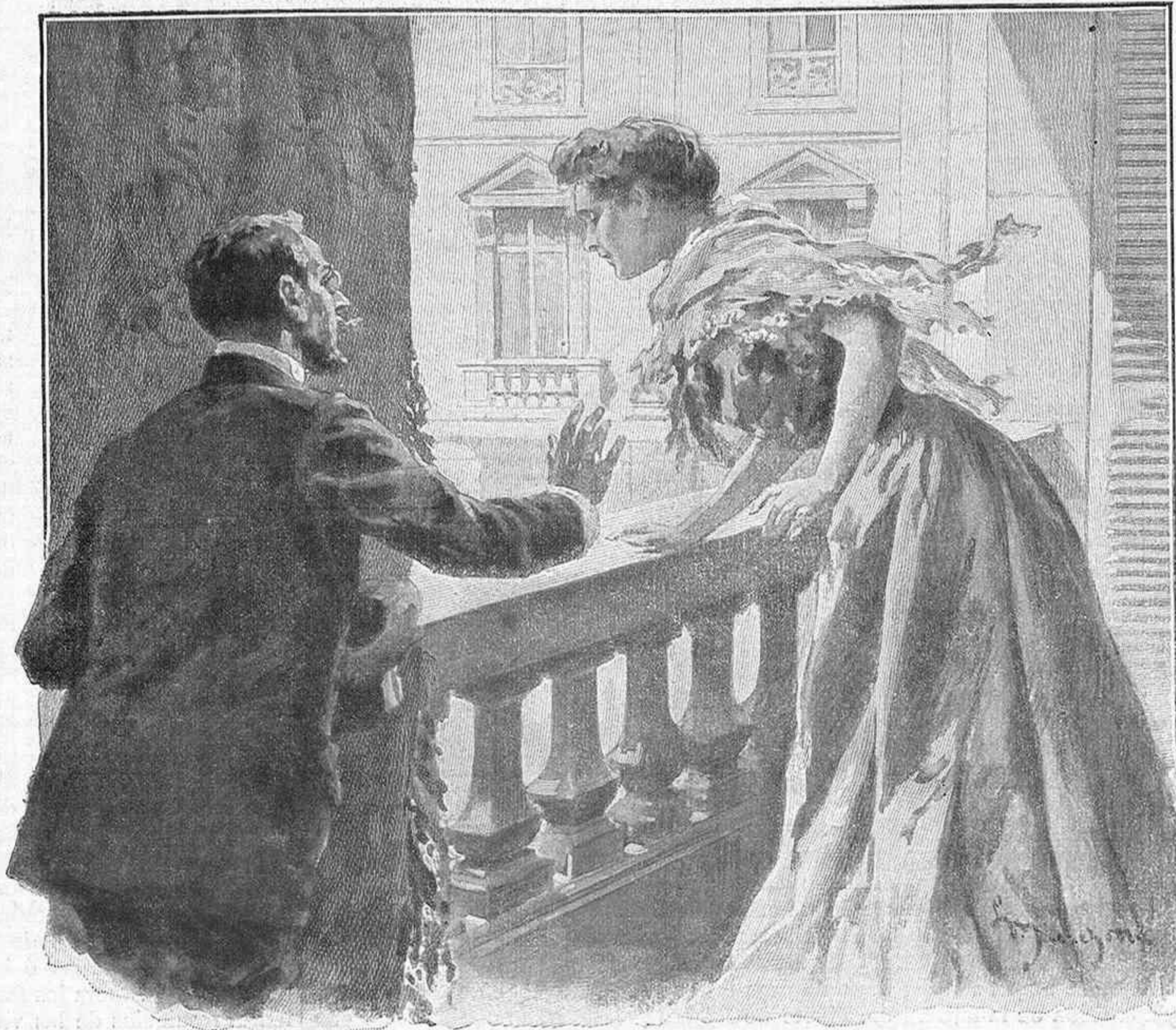
Miró y vió delante de la puerta un carruaje de ambulancias rodeado de gente, que lanzaba sordas exclamaciones.

—¡Está muerto!, gritó la pobre niña.

—No..., no..., se lo juro á usted..., está enfermo..., herido... ¡Ah! Estoy desesperado, porque no he sabido preparar á usted... El carruaje me seguía... No había pensado ver á usted...

Y el desgraciado joven, un médico de barrio llamado apresuradamente á asistir á Allire y que había tenido que echar sobre sí la dura misión de prevenir á la familia, no sabía qué decir, pues la realidad era todavía más cruel que la apariencia.

(Continuará)



—¡No!.. ¡No!, exclamó el mensajero al verla acercarse á la ventana

menos veinte minutos para ir á la calle de Grenelle... Vamos á tener que irnos sin él... ¡Es insostenible! ¡Y yo, que me he dado tanta prisa para ser puntual! Porque parece que esa gente es intratable en la cuestión de hora... He encargado la carretela, porque me parecía más correcto que fuésemos los tres juntos... Ya sé que siempre hay el pretexto de los negocios urgentes, y supongo que el retraso de tu padre no será mayor que el cuarto de hora de tolerancia reglamentaria... Pero no importa; es fastidioso... ¡No! Celina, no me apriete usted más el talle, porque ya me estoy ahogando...

Colette había escuchado sin decir nada aquel charrón de palabras, pues conocía por experiencia los interminables é incoherentes monólogos de su madrastra. De repente exclamó:

—¡Un coche! Ahí está papá. Voy á decirle que se dé prisa y aún podremos ir juntos.

Colette se puso un chal de encajes en los hombros medio desnudos y se asomó al balcón. En el jardín que separaba el hotel de la calle, vió, en efecto, un coche, pero no era de los de su casa.

—¡Qué fastidio!, pensó. Papá ha venido con algunos y le van á entretener hablando mientras se viste...

Después abrió la puerta de la escalera y oyó hablar en la planta baja, pero no era la voz de su padre.

El criado, con arreglo á las órdenes recibidas, estaba respondiendo al portero por el tubo acústico:

—Las señoras no reciben...

—¡Una visita á estas horas!, pensó Colette.

El criado volvió á responder, probablemente ante la insistencia del visitante.

—El señor no ha vuelto todavía...

Pero casi inmediatamente añadió, después de haber comprendido bien, sin duda:

—¡Ah! ¿Dice usted que de parte del señor? Bueno... Voy á avisar.

Colette le oyó subir y salió á su encuentro.

—Es un caballero que viene de parte del señor y quiere hablar con la señora.

Colette se quedó muy extrañada. Si su padre tenía algún impedimento serio para ir á buscarlas, ¿por qué no había telefonado desde su despacho de la calle Laffite ó enviado un telegrama desde donde estuviera?

AUTOMÓVILES EN LAS VÍAS FÉRREAS

La Compañía del Gran Oeste, en Inglaterra, acaba de inaugurar, hace pocas semanas, en su línea del Valle de Stroud, entre Chalford y Stonehouse, pintoresco distrito densamente poblado y centro manufacturero muy importante, un servicio especial que nos parece podría tener conveniente aplicación en España y muy particularmente en nuestra región.

Trátase de un servicio de «automóviles ferroviarios», así los llaman los ingleses (*Railway motor-cars*), ó sea de coches de gran capacidad que llevan en la parte delantera su correspondiente máquina ó locomotora.

La idea no es una verdadera novedad, pues hace ya bastantes años que preocupa á ingenieros y directores de vías férreas, así en Inglaterra como en nuestro continente, y más aún en estos últimos tiempos, dado el extraordinario aumento que en área y población han tenido las grandes capitales y aun ciudades de segundo orden, absorbiendo unas y otras sus antiguos suburbios y en muchos casos las poblaciones inmediatas, de modo que gran parte de las estaciones ferroviarias, situadas cuando su creación en los extremos de la urbe y hasta extramuros, hoy se encuentran en el centro de las nuevas aglomeraciones urbanas.

El tráfico de pasajeros es cada día mayor y á todas horas, pero sin que siempre resulte conveniente, ni siquiera asaz remunerativo para las empresas establecer con tal objeto grandes trenes, los que sólo pueden tener verdadera utilidad en las horas de mayor movimiento, como por la mañana y á la caída de la tarde.

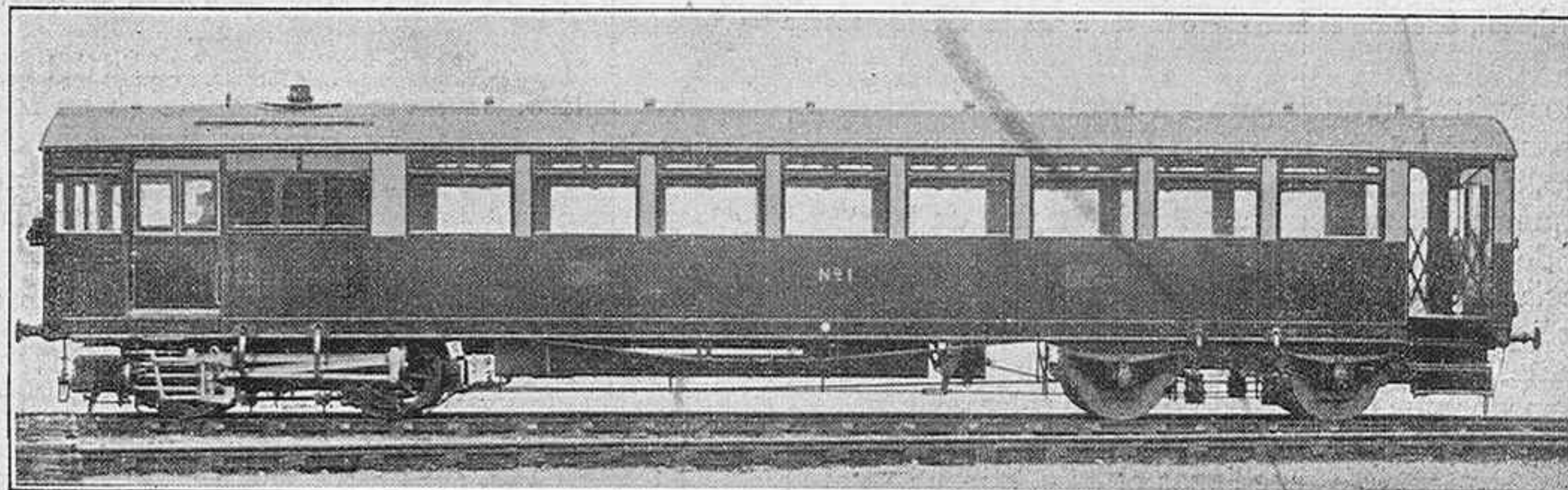


Fig. 2. - El vagón automóvil de la línea férrea inglesa «Great Western»

Y en muchos distritos rurales, exceptuando los días de mercado y grandes festividades, no hay duda que reportarían mayor ventaja á las empresas y mayor comodidad al público frecuentes expediciones de un solo coche de bastante capacidad, llevando su propio motor, que un restringido número de ellas al día de largos trenes con su correspondiente locomotora de gran potencia.

Hemos dicho que el pensamiento no es nuevo. Ya en 1848 Mr. W. Bridges Adams, ingeniero jefe de máquinas al servicio de la Compañía de los ferrocarriles de los Condados del Este (Inglaterra), proyectó é hizo construir en los talleres de Fairfield en Bow una pequeña combinación de locomotora y coche para el transporte de pasajeros en los ramales de las vías principales. Como la empresa á cuyo sueldo estaba no se mostraba dispuesta á adoptar el nuevo sistema, Mr. Adams vendió su máquina á la Compañía del Gran Oeste, que la hizo funcionar durante algunos años en su ramal de Bristol á Exeter, hasta que tomando mayor incremento el tráfico en aquella línea, se hizo todo el servicio por medio de trenes ordinarios. Desde entonces varias han sido las tentativas hechas, con mayor ó menor éxito, así en Inglaterra como en otros países, para introducir esas combinaciones de coche y locomotora en una pieza; pero hase de reconocer que el verdadero precursor, ó mejor dicho, el primer ejemplar del moderno «automóvil ferroviario» es el *automobile postal* que posee la Compañía del Norte de Francia. Este vehículo descansa sobre cuatro ruedas de 3 pies y 1 pulgada de diáme-

tro, y se compone de un salón y el compartimiento del motor, consistiendo éste en una máquina Gardner-Spollet que puede desarrollar una fuerza de 70 caballos y proporcionar una velocidad de 45 millas por hora al poco tiempo de haber emprendido la marcha. El peso total del automóvil, en disposición de funcionar, es de 15 toneladas y media. Desde 1900

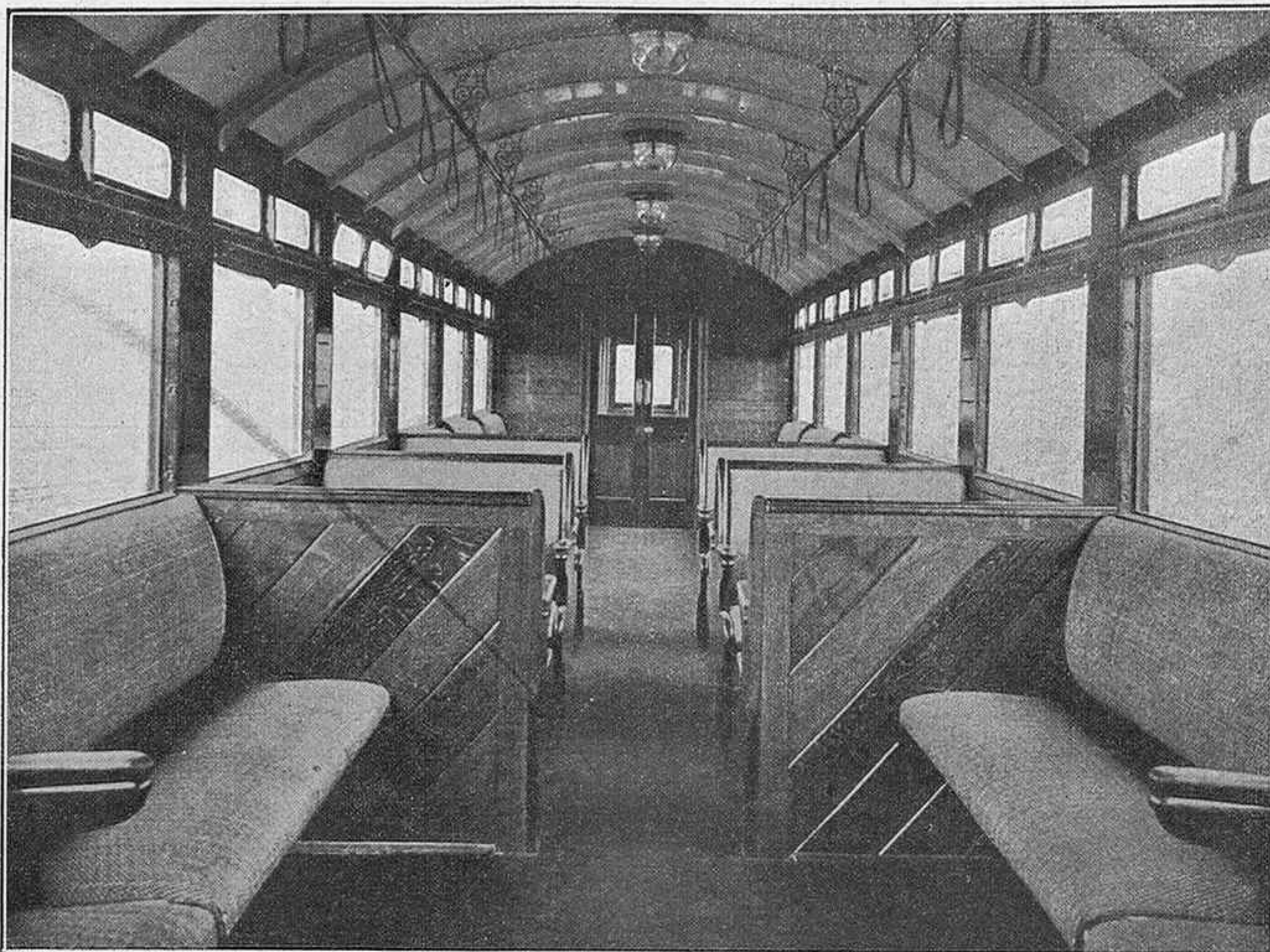


Fig. 1. - Interior de un vagón automóvil de la línea férrea inglesa «Great Western»

está destinado este vehículo exclusivamente al servicio postal entre Creil y Beauvais, ó sea un recorrido de 23 millas; pero siempre que no se entorpezca con ello las tareas de los empleados de Correos, se admite un número limitado de pasajeros, á los que se cobra billete de segunda clase. El gran éxito que con

esta innovación ha logrado la Compañía del Norte ha decidido á varias otras empresas francesas á mandar construir algunos coches similares y hasta sugerido el proyecto más ambicioso de establecer un servicio «expres» de «automóviles ferroviarios» entre París y Dijón.

Con referencia á los vehículos que acaba de poner en circulación la Compañía inglesa del Gran Oeste en el indicado trayecto de Chalford á Stonehouse y de cuyo aspecto exterior é interior dan cabal idea los grabados que acompañamos, diremos que su motor á vapor tiene una caldera vertical y tubular (477 tubos) de 9 pies y medio de altura; los cilindros miden 12 pulgadas de diámetro por 16 de curva y van fijados horizontalmente en el armazón del juego de ruedas, teniendo éstas 3 pies y 8 pulgadas de diámetro. El *tank* ó depósito de agua (450 galones) está situado debajo del coche. Este tiene una longitud total de 57 pies por 8 y medio de ancho con una alzada interior de 8 pies y 2 pulgadas. El armazón inferior, que es de acero, descansa sobre dos juegos articulados y de suspensión (uno á cada extremo) de dos pares de ruedas. El interior del conjunto se divide en los siguientes compartimientos: salón para pasajeros, 39 pies de longitud; cámara del motor, 12 pies y 9 pulgadas, y vestibulo ó plataforma, 4 pies.

El salón ó coche propiamente dicho tiene capacidad para 52 pasajeros: 16 en asientos transversales en el centro y 36 en asientos longitudinales en los extremos. La expendición de billetes corre á cargo del conductor.—X.

LA EXPOSICIÓN DE LA HABITACIÓN

Y LAS CONSTRUCCIONES HIGIÉNICAS Y ECONÓMICAS

La exposición de la habitación recientemente celebrada en París ha tenido un éxito grandísimo. Desde hace más de veinte años la capital de Francia sufre

las consecuencias de un cambio que se afirma de día en día entre los habitantes de los barrios populosos. Trátase de una verdadera emigración, que si bien se opera lentamente, se acentúa sobre todo desde la creación de los tranvías y especialmente del Metropolitano, que facilitan el acceso á los barrios próximos á las fortificaciones y aun más allá.

Las personas de la clase media, los empleados con sueldos modestos, los obreros parisienses, renuncian á vivir en el centro de la capital porque al fin se han convencido de que, aun pagándolas caras, sus viviendas carecen las más de las veces de toda comodidad y hasta de aire; y todos comienzan á preferir buscar lejos una instalación más sana y más agradable mediante un precio moderado. Es el sistema norteamericano: en los Estados Unidos, la gente se va por la mañana, por ejemplo, á Nueva York, la gran ciudad de *business*, como allí se dice, para ocuparse de sus negocios y ganarse la

vida, y por la tarde todos regresan á sus hogares á vivir tranquilos en familia, utilizando para ello los más distintos medios de comunicación, el *elevated railway*, los tranvías ó los *ferry-boats*. Lo mismo quieren hacer ahora los franceses, y de aquí los excelentes resultados de las viviendas cómodas y alegres de las afueras de París.

La exposición de la habitación ha dado á conocer un gran número de muestras de estas viviendas cuya baratura era realmente asombrosa. En los alrededores de París se han creado numerosas sociedades y asociaciones obreras cuyo objeto es facilitar habitaciones buenas y baratas, entre las cuales podemos citar la Sociedad de la llanura de Vanves, la de la propiedad particular, la de las habitaciones obreras de Passy fundada en 1882, la de asociaciones obreras de producción, etc., etc., todas las cuales cuentan con la dirección de hábiles arquitectos, contratistas expertos que con sus esfuerzos comunes han llegado á obtener resultados inesperados.

No se trata de las ciudades obreras de otro tiempo con su aspecto monótono y su molesta promiscuidad que tanto habían de asustar á sus habitantes, sino de casitas aisladas, embellecidas con flores y arbustos

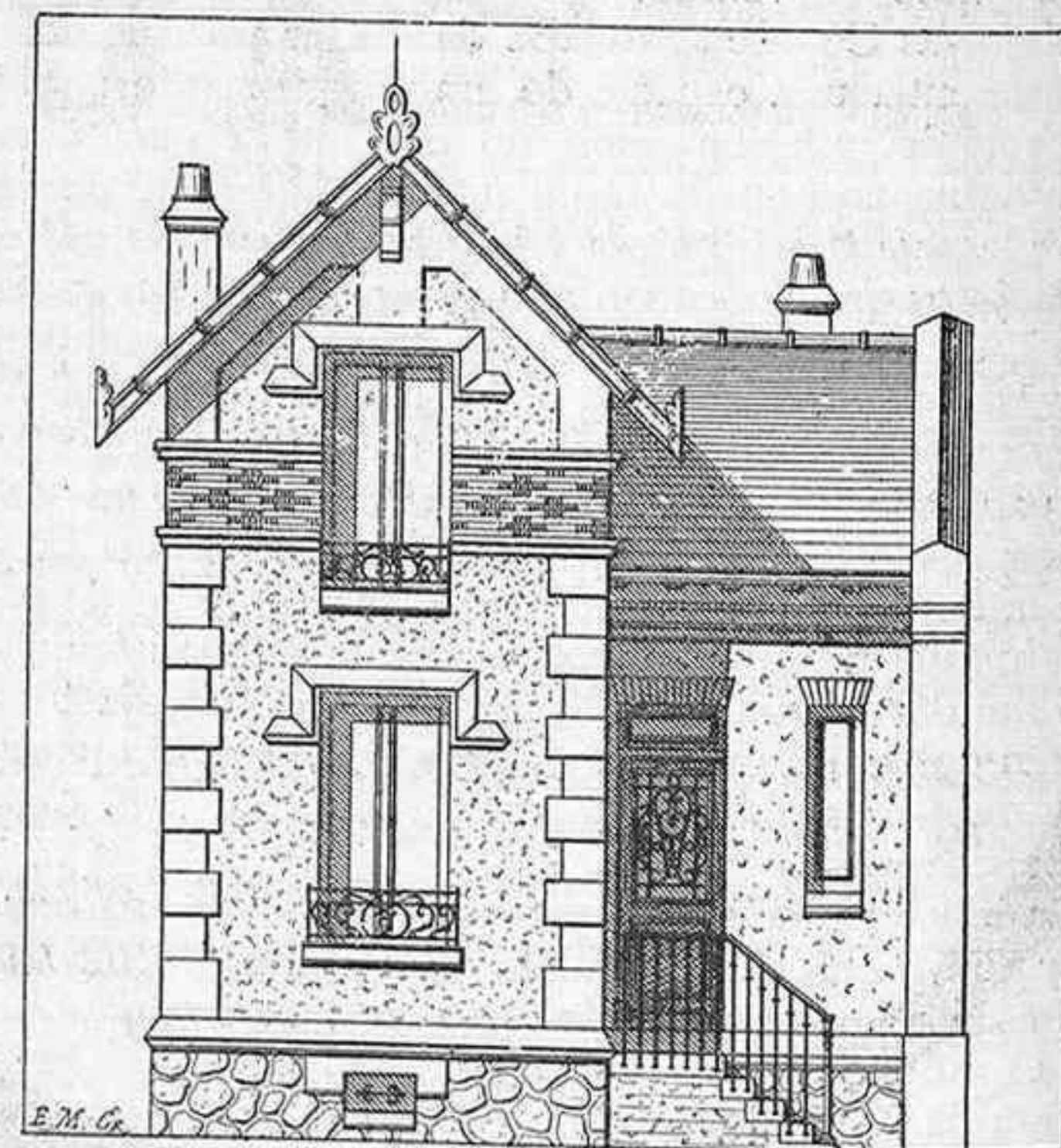


Fig. 1. - Casa de 7.000 francos

que parecen pequeñas y lindas quintas que cualquiera habitaría con gusto.

Las pocas habitaciones cuyas vistas reproducimos en esta página y en la siguiente darán una idea de

estas elegantes construcciones: la figura 4 es un pabellón obrero cuyos planos son del arquitecto M. Lavirotte; su precio vendría á ser de unos 3.500 francos y sería á propósito para un joven matrimonio. Otra (fig. 2), construída por las asociaciones obreras de

con chimenea; la primera, de 7.000 francos, consta, en el piso bajo, de un vestíbulo, cocina, comedor y water-closet, y en el piso alto, de dos dormitorios con chimenea, y tiene además buhardilla.

titud de planos y dibujos de M. Guillemín, quien ha sabido crear tipos de viviendas que pueden verse construídas en Boulogne-Sur-Seine. Su grupo de casas de 4.500 francos una, tiene un bonito aspecto, lo propio que las pequeñas quintas que edifica en Issy-

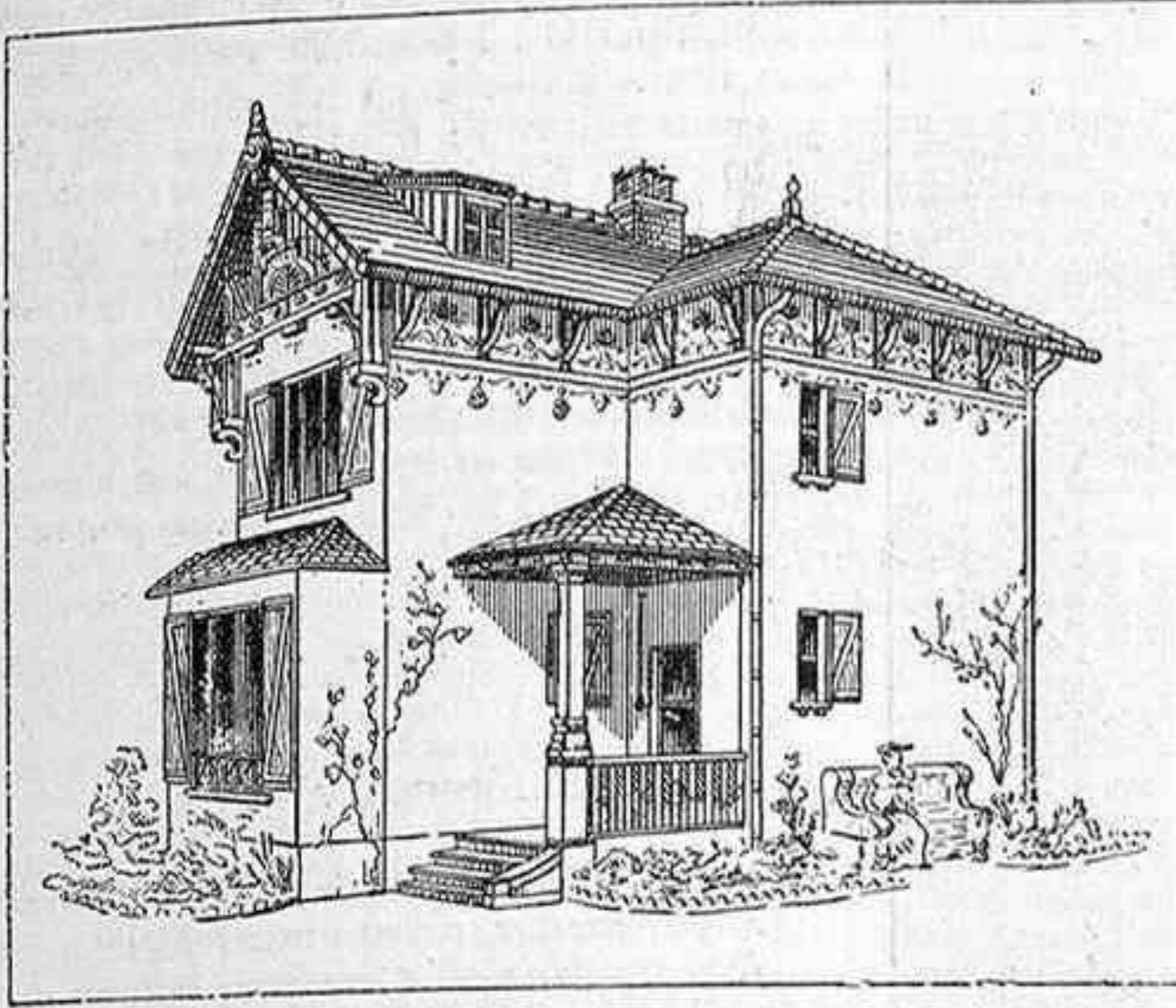


Fig. 2. - Casa de familia

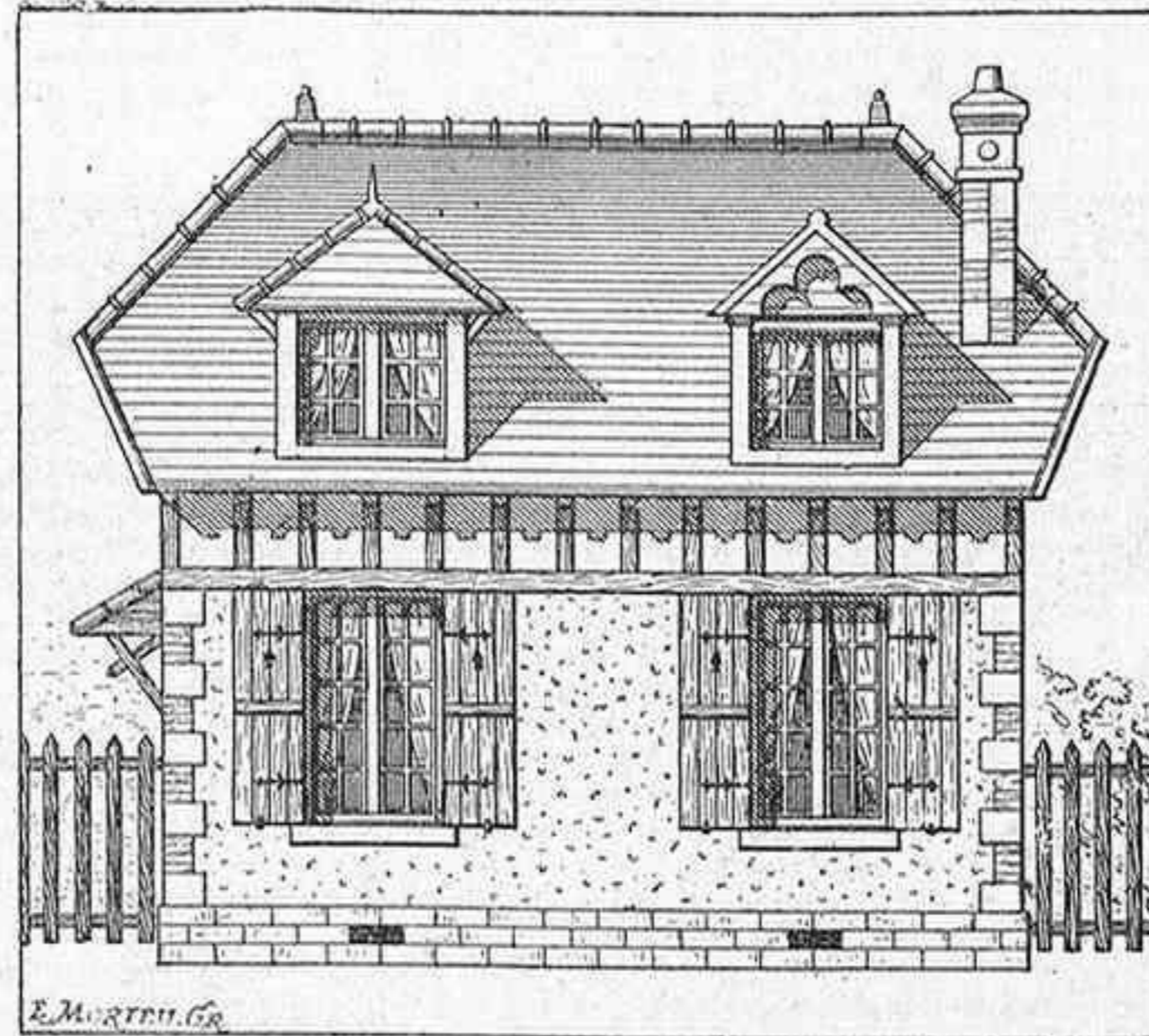


Fig. 3. - Casa de 5.000 francos

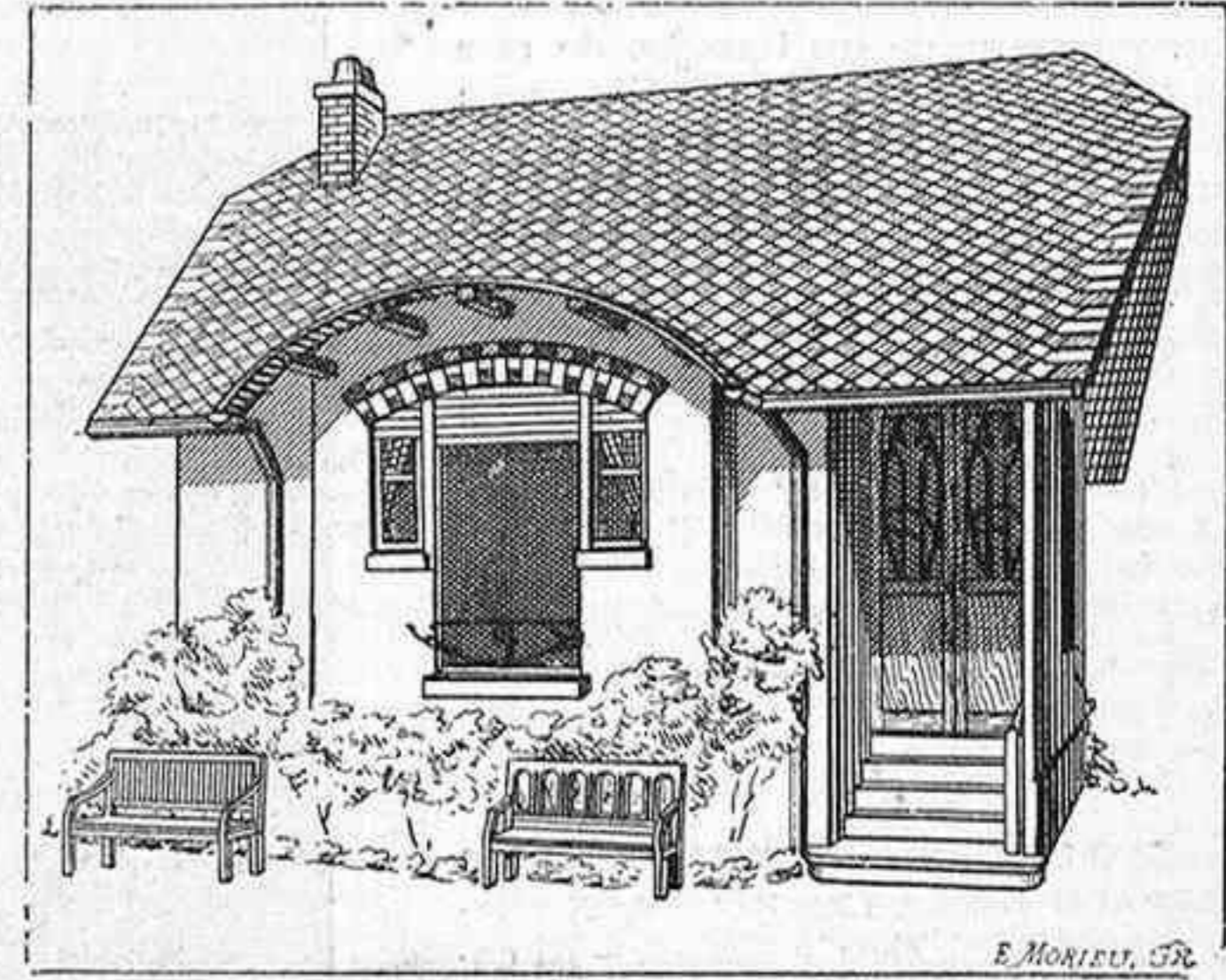


Fig. 4. - Pabellón obrero

producción, sería buena para una familia: tiene sótanos, planta baja con la cocina y el comedor, un piso alto con tres dormitorios y buhardilla. Su coste sería de unos 12.000 francos. Las figuras 1 y 3 reproducen dos casas pequeñas: ésta, de 5.000 francos, se compone, en la planta baja, de cocina, comedor y water-closet, y en el primer piso, de dos dormitorios

Estas dos últimas casas pueden también adquirirse pagando el precio de alquiler durante veinte años consecutivos.

Pero además de las sociedades, son muchos los arquitectos inteligentes que se ocupan en construir casas baratas en los alrededores de París. En la galería del primer piso de la citada exposición había mul-

les-Moulineaux y en Vanves: estas quintas están agrupadas ó aisladas, y su precio varia entre 7.000, 8.000 y 10.000 francos.

También son cómodas y bien distribuídas las casas construídas por M. Monod en Clamart y por M. Jar-del en Suresnes.

ALBERTO TISSANDIER.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACION ARTISTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette Rue Chaumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse a D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 258, Barcelona

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE, O HACE DESAPARECER
 LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION
 EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de
 BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de
 BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de
 BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

CURACION cierta de la Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Calenturas de las Colonias, Malaria, con el Vino Aroud (Carne-Quina-Hierro) el mas reconstituyente prescrito por los médicos. Millares de atestaciones cada año. Todas Farmacias.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
 Curadas por el Verdadero
 Unico aprobado por la Academia de Medicina de París. - 50 Años de éxito.

Frasco 5 fr.
PUREZA-DEL CUTIS
 - LAIT ANTÉPÉLIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa
 PECAS, LENTÉJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ-BARROSA
 ARRUGAS PRECOCES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso
 CANDESC^{co} B^o St-Denis, 16

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR
 célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos en los casos de : Enfermedades de la Piel, Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc. El mismo al Yoduro de Potasio. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legitimo. - Todas Farmacias.

APIOLINA CHAPOTEAUT
SALUD DE LAS SEÑORAS

(NO CONFUNDIRLA CON EL APIOL)

Es el más enérgico de los emenagogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el flujo mensual, corta los retrasos y supresiones así como los dolores y cólicos que suelen coincidir con las épocas, y comprometen á menudo la salud de las Señoras.

PARIS, 8, rue Vivienne, y en todas las Farmacias

PATE EPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PILIVORE. DUSSEY, 1, rue J.-J.-Rousseau, París

LIBROS

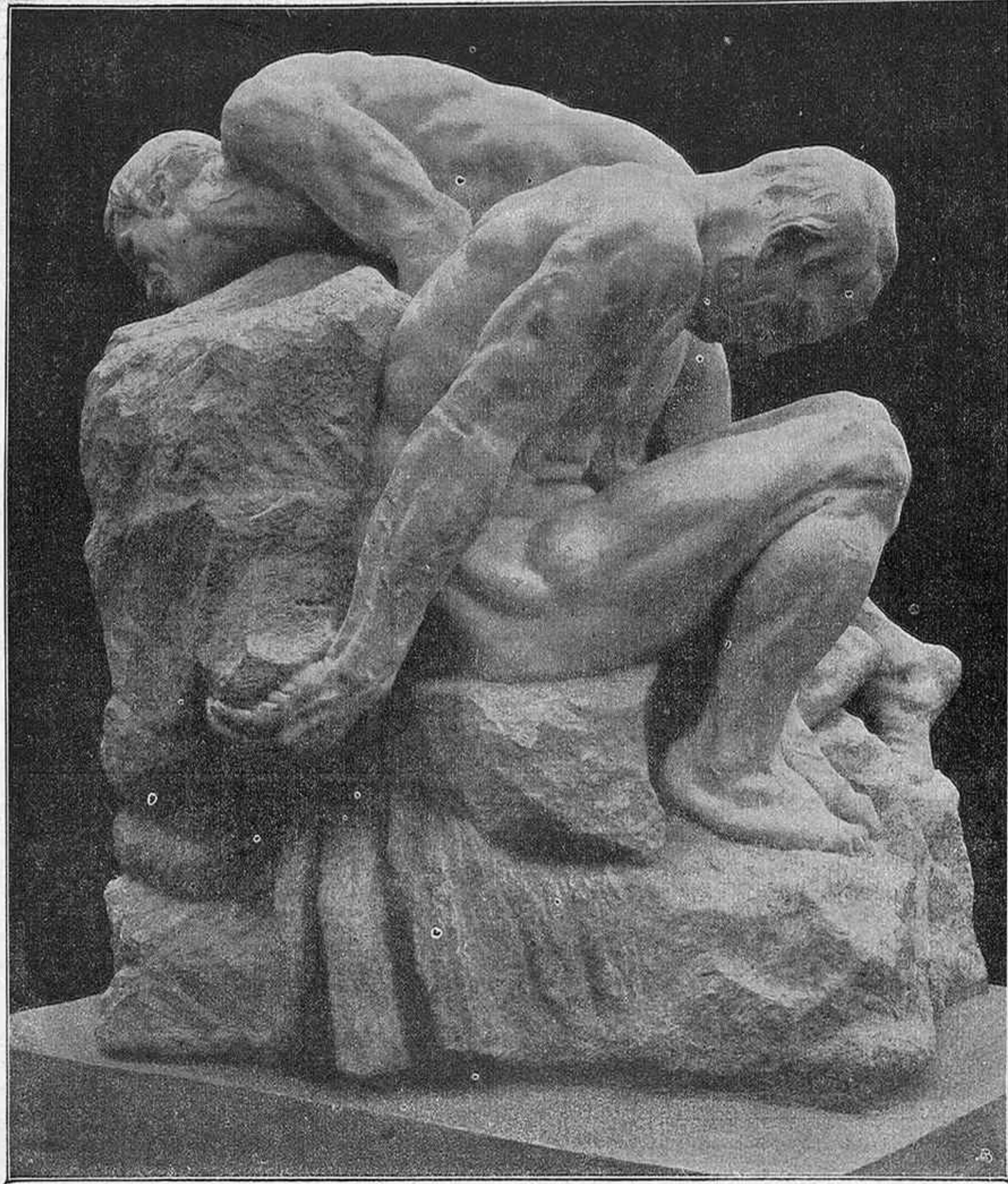
ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

COMPENDIO DE LA GRAMÁTICA CASTELLANA, por P. Sanmartí. — En otras ocasiones nos hemos ocupado con el elogio que merecen de los trabajos de este mismo género debidos al Sr. Sanmartí: el *Compendio de la Gramática castellana* es una nueva prueba de los profundos conocimientos que en esta materia tiene el autor, puesto que es una obra sólida-mente pensada y desarrollada con método y acierto dignos del mayor encomio. No es un libro rutinario; nada hay en él que no esté explicado de un modo lógico, y así los conocimientos que en él se aprenden resultan firmes é inolvidables. Forma un volumen de 450 páginas que ha sido editado en Barcelona por D. Antonio J. Bastinos.

NUEVO DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO ILUSTRADO DE LA LENGUA CASTELLANA, por Miguel Toro y Gómez. — El conocido editor D. Gustavo Gili acaba de publicar esta interesantísima obra, manual y portátil, que está destinada á prestar señalados y útiles servicios, puesto que además de contener un vocabulario completo de la última edición del Diccionario de la Academia Española, se halla enriquecido con gran número de frases, modismos, verbos irregulares, biografías, etc., etc., é ilustrado con numerosos grabados, retratos y láminas en color. Véndese en todas las librerías al precio de 8 pesetas el ejemplar.

BIBLIOGRAFÍA. — QUINTO ANUARIO DE LOS JUEGOS FLORALES DE COLONIA. — A la galantería del eminente hispanófilo y distinguido colaborador de esta revista Dr. D. Juan Fastenrath debemos el hermoso volumen destinado á recordar los Juegos Florales de Colonia, celebrados por quinta vez y arraigados ya en la bella ciudad del Rhin. Tan pulcramente editado como los anteriores, contiene una minuciosa reseña de la fiesta y las composiciones premiadas, así como las des-



Grupo para una fuente, obra de José Heu

cripciones que de ella publicaron los periódicos de todos los países y los mensajes que recibió nuestro excelente amigo, fundador y mantenedor de tan brillante certamen, cuya celebración merece los caracteres de un verdadero acontecimiento literario. Basta examinar el libro para formar juicio de la simpatía que la obra del Dr. Fastenrath merece en todas partes. Embellecen el volumen varios grabados, entre ellos los retratos de la baronesa Gertrudis de Althaus, Reina de la Fiesta; el precioso grupo de las señoritas que formaron su Corte, así como el de los poetas premiados. Bien merece el noble fundador de tan interesante institución el aplauso que le dedican todos aquellos que se inspiran en tan elevados ideales, cual los representados por la Patria, la Fe y el Honor.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

Pa y Ploma, revista mensual ilustrada; *Hojas sueltas*, revista mensual ilustrada; *Revista Musical Catalana*, boletín mensual del «Orfeo Catalá»; *Mercurio*, revista mensual ilustrada; *La Medicina Científica en España*, revista mensual; *Revista Frenopática Española*, mensual ilustrada (Barcelona); *Boletín de la Biblioteca Museo Balaguer*, revista mensual (Villanueva y Geltrú); *La Mujer moderna*, revista quincenal (Manresa); *La Lectura*, revista mensual ilustrada; *Bibliografía Española*, revista quincenal; *Sol y Sombra*, semanario taurino ilustrado; *Alma Española*, semanario ilustrado; *La Mujer en su casa*, revista mensual ilustrada; *Revista Escolar de Medicina y Cirugía*, bi-mensual; *Cosmopolita*, revista mensual ilustrada (Madrid); *Gaceta Médica de Granada*, quincenal; *Boletín del Colegio de Médicos y Farmacéuticos de la Provincia de Castellón*, quincenal; *Prácticas modernas*, revista quincenal ilustrada (La Coruña); *Chile Ilustrado*, revista mensual (Santiago de Chile); *La Miscelánea*, revista mensual (Medellín, Colombia); *El Trabajo*, semanario (Popayán, Colombia); *El Lucero*, revista semanal ilustrada (Lima, Perú); *La Razón*, diario (Trujillo, Perú); *Anales del Museo Nacional* (San Salvador).

VINO NOURRY

Por su sabor agradable y su eficacia en los casos de

ANEMIA
DEBILIDAD
LINFATISMO y
ENFERMEDADES
del PECHO

Sustituye con ventaja á las Emulsiones y al Aceite de Hígado de Bacalao.

CLIN y COMAR, PARIS — y en todas las Farmacias.

Reumáticos y Gotosos!

Tratado de curaros con la Legítima

PISTOIA

PLANCHE

(DOS SIGLOS DE ÉXITO)
No contiene ni Colchico, ni sustancia venenosa.

CURA LA GOTA el Reumatismo, el Artrismo, la Diabetes, las Enfermedades del Hígado y de los Riñones.

Fiel PLANCHE en Marsella (Francia). En todas las Farmacias bien surtidas.



GARGANTA

VOZ y BOCA

PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca. Efectos perniciosos del Mercurio. Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Srs. PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz. — PRECIO: 12 REALES.

Exigir en el rotulo a firma

Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

LA SAGRADA BIBLIA

EDICIÓN ILUSTRADA

á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas

Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD

En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar

SOBERANO contra

ASMA

CATARRO, OPRESIÓN y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.

30 AÑOS DE BUEN ÉXITO MEDALLAS ORO y PLATA

MARCA DE FABRICA REGISTRADA.

PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.



AVISO Á LAS SEÑORAS

EL ANIOL DE LOS JORET-HONOLLE

CURA

LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

T^{ra} G. SÉGUIN — PARIS

165, Rue St-Honoré, 165

Y TODAS FARMACIAS y DROGUERIAS



ENFERMEDADES DEL ESTÓMAGO

PASTILLAS y POLVOS

PATERSON

con BISMUTHO y MAGNESIA

Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.

Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

AGUA LÉCHELLE

HEMOSTÁTICA

Esputos de sangre, los Catarros, la Disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.